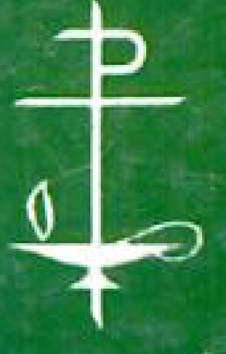
CAYETANO BRUNO









EDICIONES DIDASCALIA

LA VIRGEN GENERALA

ESTUDIO DOCUMENTAL

CAYETANO BRUNO, S.D.B.

LA VIRGEN GENERALA

ESTUDIO DOCUMENTAL

2ª edición

Ediciones Didascalia
Rosario, 1994

Queda hecho el depósito que
señala la ley 11.723.

PRINTED IN ARGENTINE
IMPRESO EN LA ARGENTINA.

I.S.B.N. 950-787-026-1

ÍNDICE GENERAL

acudido con la fruición de quien explota rico mineral desconocido o poco menos.

Para los capítulos que dedico al Descubrimiento y Conquista del Nuevo Mundo fui a consultar las viejas crónicas, con el fin de reunir el abundante material disperso en todas las hasta aquí publicadas.

Para los capítulos de las Invasiones Inglesas, el Ejército Auxiliar del Perú y el Ejército de los Andes, además de lo mucho conocido he aprovechado el valioso material manuscrito que se conserva en nuestros archivos de Buenos Aires, Córdoba, Tucumán y Mendoza, como que son dichas ciudades las más directamente vinculadas con los acontecimientos a que me refiero.

En la exposición he preferido continuamente el texto documental, de acuerdo con la técnica moderna. Por lo mismo mantengo a cada paso la voz del cronista, así cultive éste añeja dicción, que más sabrosa es sin duda.

Me he empeñado de esta suerte en probar —según es de tamaña mi ambición— cuánto le debemos a la Virgen desde los años del Descubrimiento y Conquista de América hasta los de nuestra Emancipación política; y la devoción apasionada que le profesaron, como tiernos hijos, los próceres de unas y otras edades históricas.

Mucho de lo que aquí presento ya ha visto la luz pública en la revista de Rosario DIDASCALIA, en los años de 1948 y siguientes. Retocados y completados aquellos artículos llegan ahora a manos del lector en forma de estudio documental con el epígrafe de LA VIRGEN GENERALA.

Rindo así homenaje al gran prócer argentino el general Manuel Belgrano, que invocó por primero a la Virgen con tan precioso título, hasta entonces desconocido; título nobiliario, que tuvo la virtud de entroncarse, como rico blasón, en las jerarquías militares de la Argentina y Chile.

Y escribo esta obra para honra y alabanza de la augusta Reina del Cielo. No me dio madre Natura la vena poética, que de tenerla, sin mengua la hubiese consagrado a María. Diome el Señor la curiosidad por los viejos manuscritos, el afán de la investigación y de las reconstrucciones históricas. Lo que tengo, poco y menudo, a Ella lo consagro con gratitud de hijo, sin otro anhelo que el de ser ágil vehículo por el que sus más ricas glorias se conozcan y ponderen.

CAYETANO BRUNO, S.D.B.
Córdoba, Instituto Villada,
Fiesta de María Auxiliadora, 24.V.1952.

que los habitantes de Huelva altercan con los de Palos por conservarla en dominio.

Es larga la pendencia. Los enardecidos contendientes no llevan trazas de cejar. Tercia, por fin, el guardián de la Rábida y propone lo que sólo puede conocer por divina inspiración: que se abandone la imagen en un desmantelado batel a merced de las olas. La Virgen iba a manifestar sus personales preferencias.

Todos acatan la juiciosa insinuación del franciscano, y Nuestra Señora echa a andar despaciosamente por las aguas de la ría.

Como si el maderamen hubiese cobrado alas "franqueó el paso a través del Odiel y, rompiendo la corriente de este río, dejó sus aguas para entrar en las del Tinto, dirigiendo su rumbo hacia el desembarcadero de la Rábida...[donde] se detuvo con la misma firmeza que si hubiese estado [allí] varada" [2].

Nuestra Señora de la Rábida, la de los finos alabastros y peregrinas historietas, está en Palos, allá por los años de 1492, como faro luminoso que mira al mar océano abriendo a los navegantes los nuevos derroteros de España.

* * *

Colón frecuentaba la Rábida, como que la Virgen titular de convento y templo era su devoción preferida.

Cuando en una de sus primeras visitas al viejo solar franciscano dio con fray Antonio Marchena, el futuro Almirante no era sino un oscuro soñador, que debía navegar por un mar de incertidumbres y amarguras antes de echarse con sus carabelas por las rutas del océano.

Colón se encontró por primera vez con los Reyes Católicos Fernando e Isabel "en 1486, en Alcalá de Henares. Pero desde la primavera del 89, no hay duda de que sólo la Reina mantuvo vivas las esperanzas del genovés", hasta invitarlo "dos veces a la Corte: en mayo del 89 y en diciembre del 91" [3].

Con la toma de Granada el 2 de enero de 1492 pareció como si España respirase a pulmón lleno. Libre de moros la península, ya nada podía entorpecer los planes de Colón.

El 2 de enero es fecha memorable en los fastos castellanos: señala el comienzo del gran Imperio colonial que las tímidas carabelas de Colón están por revelar a los ojos de la cansada Europa.

El calendario español trae para ese día la primera de las fiestas

2. Fr. José Coll: *Colón y la Rábida*, Madrid, 1892, p. 28.

3. Paolo Emilio Taviani, *Cristóbal Colón - Génesis del gran Descubrimiento*, vol. I. Barcelona, 1977, p. 224.

cual *cuando dijeron la Salve, que la acostumbraban decir e cantar a su manera todos los marineros, e se hallan todos,* rogó y amonestó el Almirante que hiciesen buena guardia al castillo de proa, y mirasen bien por tierra..."[13].

Dos horas después de medianoche la tierra diseñaba sus vagos contornos sobre la invariable línea del horizonte. 12 de octubre de 1492. El calendario español señalaba entonces, y señala todavía hoy, la segunda fiesta anual de *Nuestra Señora del Pilar,* la más española de las fiestas marianas.

* * *

Habíase propuesto Colón honrar sus más caras devociones. Por lo que llamó *San Salvador* a la primera isla descubierta; y dedicó la segunda a la Virgen —*"a la cual puse nombre de Isla de Santa María de la Concepción"*—, según apunta en su *Diario*[14] y recuerda el cronista de los Reyes Católicos D. Andrés Bernáldez: *"E a la segunda isla que halló, puso nombre Santa María a honra de Nuestra Señora"*[15].

> Agrega Las Casas este rico comentario: *"Porque después de Dios a nadie se debe como a la Madre de Dios, y él tenía devoción con su fiesta de la Concepción"*[16].

Inmediatamente después de sus celestiales devociones venían las terrenales. A la tercera de las islas descubiertas llamó *Fernandina,* en honra del Rey, y a la cuarta *Isabel,* para recuerdo perdurable de la Reina su protectora.

Poco tardaron los indios en familiarizarse con las prácticas españolas. Refiere el cronista López de Gómara, aludiendo a este primer viaje de Colón, que en Haití los naturales "adoraban la cruz, dábanse en los pechos, e hincábanse de rodillas al *Ave María,* como los cristianos"[17]. Aprendieron asimismo —estando a lo que refiere el Almirante— *"la Salve y el Ave María* con las manos al cielo, como le amuestran, y hacen la señal de la cruz"[18].

13. *Diario de Colón* cit., págs. 48-49.

14. *Diario de Colón* cit., p. 57.

15. Andrés Bernáldez: *Historia de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel.* T. I. Sevilla, 1870, p. 360.

16. Bartolomé de las Casas: *Historia de las Indias.* T. I. Madrid, 1875, p. 318. También Hernando Colón: *Historia del Almirante de las Indias Don Cristóbal Colón.* Buenos Aires, 1944, p. 78: "A la segunda, por devoción que tenía a la Concepción de María Santísima y por el principal favor que en Ella tienen los cristianos, llamó *Santa María de la Concepción*".

17. Francisco López de Gómara: *Historia General de las Indias.* En Biblioteca de Autores Españoles: Historiadores primitivos de Indias. Colección dirigida e ilustrada por D. Enrique de Vedia. T. I., Madrid, 1852, p. 167.

18. *Diario de Colón* cit., p. 75.

Ya sólo quedaba dar fondo en Palos. Y allá felizmente llegaron el 15 de marzo. Fue día de general regocijo y acción de gracias.

Emprendía poco después Colón viaje a Barcelona para ofrecer a los Reyes las primicias de las tierras descubiertas, sin sospechar que había con su empresa traspuesto los umbrales de un nuevo continente.

Queriendo con la Virgen mostrarse munífico, le ofrendó el primer oro de América que fue a dorar el artesonado del templo de *Santa María la Mayor* en Roma. Tan fina atención atrajo nuevas bendiciones sobre sus ulteriores andanzas.

III. Trayectoria mariana

Digno de considerar es, en el segundo viaje de Colón, el capítulo que el escritor Samuel Eliot Morison llama de las *"muchas Marías"*[1].

La navegación había resultado venturosa, y Colón daba gracias a Dios alabando a la Madre de Dios:

> Así que descubrió las islas del Mar Caribe "por el favor que Dios les hacía —recuerda Hernando Colón[2]—, *cantó la Salve toda la gente en las popas de los navíos, y otras oraciones y versos,* cantados con mucha devoción, y daban muchas gracias a Dios de que a los veinte días de haber partido de la Gomera hubieran llegado a la dicha tierra..."

Fue el canto de la Salve como el prefacio de la nueva perenne letanía con que había de honrar el Almirante a su celestial Patrona.

El expedicionario italiano Miguel de Cuneo en su relación o carta de 15 de octubre de 1495, que lleva este significativo encabezamiento: *"Al nome di Iesu et di sua Madre gloriosa Maria, da li quali tuti li beni procedono"*, así narra los primeros descubrimientos de este segundo viaje:

> "Et a li III de novembre [de 1493], in die dominicho, vidimo terra, cioè isole cinque incognite. A la prima il signore nostro armirante li pose nome *Sancto Dominicho* per lo dì de la dominicha quando fu trovata; a la seconda *Sancta María la Gallante,* per amore de la nave sopra la quale luy era, che si chiama *Maria la Gallante*"[3].

A la isla siguiente llamó *"Santa María de Guadalupe"* para honra y gloria de la excelsa Virgen de Extremadura. Al bautizar así

1. Samuel Eliot Morison: *El Almirante del Mar Océano. Vida de Cristóbal Colón.* Trad. de Luis A. Arocena. Buenos Aires, 1945, p. 483 y sig.

2. Hernando Colón: *Historia del Almirante de las Indias,* p. 123.

3. *Raccolta di documenti e studi pubblicati dalla R. Commissione Colombiana del quarto centenario della scoperta dell'America.* P. III, V. II. Roma, 1893. págs. 96-97.

Capítulo 2
LOS PRIMEROS CONQUISTADORES

Al frente de todos ellos *la Conquistadora,* así que se avanza en la lectura de las viejas crónicas, toma proporciones gigantescas. No es posible esquivarla, que sale al paso con tenaz insistencia.

Existió en México la iglesia del convento franciscano de los Angeles.

"En esta dicha iglesia —apunta Juan de Torquemada—, está también la imagen de Nuestra Señora, que llaman, *la Conquistadora,* que dicen los antiguos, que la trajeron los primeros que vinieron de España, a la cual hallaron favorable en diversas ocasiones, y por hablar más ciertamente, en todas, y la tienen en gran veneración, la cual resplandece por milagros, y la tienen por reliquia muy preciosa, tanto por ser imagen y semejanza de la Virgen Santísima, Madre de Dios, cuanto porque con particular respeto, es acatada por todos, y por quien la Virgen, Reina de los Cielos, es muy invocada, para particulares milagros" [1].

Lo que de esta imagen e iglesia se cuenta, van repitiéndolo a cada paso crónicas, documentos y actas de fundación acerca de otras muchas iglesias e imágenes famosas.

La Conquista de América no es sino un capítulo del historial mariano. Sin la Virgen la historia del Nuevo Mundo pierde su sentido cabal y auténtico. Es como un libro al que han arrancado, con la portada, los títulos de sus mejores capítulos. Quien no divisa la imagen de Nuestra Señora en el frontispicio de la conquista americana, no ha aprendido a leer todavía crónica de Indias.

Y van saliendo los hombres en pos, por los caminos del mar.

1. Juan de Torquemada: *De los veinte y un libros rituales y Monarquía Indiana, con el origen y guerra de los Indios Occidentales.* T. I. Madrid, 1723, p. 315.

ñeros de expedición, y el nombre, consecuencia de un voto que todos ellos formularon en el momento de mayor peligro.

Había desembarcado parte de la menuda flota en el golfo de Darién, y comenzado los aprestos de la fundación. Los indios, complacientes al principio, hicieron armas después sobre los castellanos y cercaron sus posiciones, dispuestos a aniquilarlos con flechas ponzoñosas.

"Enciso —estando a lo que refiere López de Gómara[2] — ordenó sus cien españoles, tomóles juramento que no huirían, prometió enviar cierta plata y oro a la Antigua de Sevilla si alcanzaba victoria, y *hacer un templo a Nuestra Señora de la casa del cacique, y llamar al pueblo Santa María de la Antigua.* Hizo [luego] oración con todos de rodillas..."

Las Casas, que narra el mismo hecho, trae otros pormenores dignos de nota:

> "Como Enciso y los suyos vieron a los indios así aparejados para pelear, temiendo más la ponzoña de la hierba que las personas..., hincáronse de rodillas y con mucha devoción, según la que les parecía que tenían, encomendáronse a Dios e *hicieron voto a Nuestra Señora, como en Sevilla dicen, del Antigua, con cuya imagen tiene la Ciudad gran devoción,* de si les diese vencimiento, la primera iglesia e pueblo que hiciesen por allí, intitulalla que se llamase *Santa María del Antigua,* y más desto, que enviarían un romero a Sevilla para que le ofreciese, por todos, algunas joyas de oro y plata que con él enviarían"[3].

La jornada fue recia, y tan escarmentados quedaron los nativos, que "huyeron mucha tierra —recuerda Gómara—, no pudiendo sufrir los golpes y heridas de las espadas españolas".

Con lo que "muchas gracias dieron *a Cristo y su gloriosa Madre,* Enciso y los compañeros, por la victoria y por haber hallado tierra y buena"[4].

La primera villa que sentó sus reales en el continente, la villa de *Santa María del Antigua del Darién,* nacía poco después bajo los auspicios de la Reina del Cielo.

III. El marinero de la Virgen

Su nombre no llegó a traspasar los cuatro siglos y más que nos separan de él. Pero, anónimo y desconocido antes y ahora, dejó vi-

2. Francisco López de Gómara: *Historia General de las Indias.* En Bibliot. de Autores Españoles, cit., T. I, Madrid, 1852, p. 190.
3. Bartolomé de Las Casas: *Historia de las Indias.* T. III, Madrid, 1875, p. 319.
4. López de Gómara: *Historia General de las Indias,* p. 190.

IV. Vasco Núñez de Balboa, el descubridor del Mar del Sur

Mezcla de hidalgo y aventurero, hombre de mundo correr, parecía el extremeño Vasco Núñez de Balboa el hijo de la fortuna. Guerrero por vocación pudo con verdad jactarse de que jamás recibió herida ni perdió soldado en la guerra. La tragedia que acabó con él tronchó inicuamente una de las más conspicuas existencias del Nuevo Mundo.

Pertenece también Balboa a la estirpe de los conquistadores tenazmente afectos al culto de María. Y en esto convienen sus contemporáneos. "No hay ningún acto suyo, ni viaje alguno —apunta el cronista de los Reyes Católicos, Pedro Mártir de Anglería[1] —, sin invocar los Santos del Cielo, *y delante siempre a la Virgen Madre de Dios*".

El descubrimiento del Mar del Sur es obra de Balboa y ha inmortalizado su nombre. Entretiénense con ella los historiadores como con empresa entre las más notables de la Conquista.

De las muchas descripciones que corren impresas por esas crónicas, la del capitán D. Gonzalo Fernández de Oviedo tiene el mérito de la originalidad.

> "Yo conocí y vi y hablé muchas veces a todos los que allí se hallaron —advierte en el curso de la narración—, porque, como tengo dicho, en el siguiente año fui a aquella villa del Darién... y a mi poder vinieron todas las escrituras de Vasco Núñez"[2].

Entendido se está que Fernández de Oviedo escribió con honradez y cordura. "Su labor fue constante y puso en ella toda su convicción y bastante espíritu de responsabilidad, mostrándose digno del nombramiento de cronista oficial que había alcanzado"[3].

* * *

Núñez de Balboa era gobernador del Darién cuando tuvo sus barruntos de la empresa que iba a tentar. Tomando lenguas de los naturales llegó a conocer la existencia de un anchuroso mar que bañaba un imperio poderoso y rico. La noticia respondía a la realidad. Y tan fundada en verdad era, que de seguir Balboa dicho mar adelante hubiese dado con el maravilloso país de los Incas.

1. Pedro Mártir: *Décadas del Nuevo Mundo*, p. 224.
2. *Gonzalo Fernández* de Oviedo y Valdés: *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del Mar Océano*. Ed. a cargo de José Amador de los Ríos, T. III, Madrid, 1853, p. 11.
3. Ernesto Chinchilla Aguilar: *"Algunos aspectos de la obra de Oviedo"*, en Revista de Historia de América (Inst. Panamer. de Geogr. de Hist.). México, diciembre de 1949, p. 323.

los funcionarios públicos. *"El cual juró por Dios, y por Santa María e por una señal de cruz sobre que puso su mano derecha"*, dicen las Actas del Cabildo[3].

* * *

Nuño de Guzmán, el verdugo de los indios de Jalisco, en su pirática expedición contra aquellos malaventurados hijos de la selva, llevaba "el guión [que] era de tela de plata, e bordada en él *una imagen de Nuestra Señora* de tela de oro"; y al llegar en 1530 a los límites de su gobernación, bautizó al río con el nombre de *Nuestra Señora de la Purificación* y levantó allí una ermita a la que impuso título similar[4].

Toma *Juan de Oñate* posesión de Nuevo México. El acta lleva todas las de la ley. Pero al invocar a la Virgen olvida Oñate las leyes de la concisión y echa a andar, sin temor de propasarse, su vena poética:

> *"En el nombre de la Santísima Trinidad... y a honor y gloria suya y de su Sacratísima y Benditísima Madre la Virgen Santa María Nuestra Señora, puerta del Cielo, arca de Testamento, en quien el maná del Cielo, la vara de la divina justicia y brazo de Dios y su ley de gracia y amor estuvo encerrada como en Madre de Dios, Sol, Norte, Guía y Abogada del género humano*, y a honra del seráfico padre San Francisco..."[5].

* * *

Conquistada la provincia de Vilcabamba, cuatro soldados, *Antón de Alvarez, Alonso Juárez, Pedro Gudino* (portugués) y otro, se meten solos a tantear conquista en tierra de Mañaríes.

> "Y se mostraron los indios tan afables y amigos, que los dichos cuatro españoles *llevaron una imagen de Nuestra Señora en un lienzo;* y para encomendarse a Dios mandaron a los indios que les hiciesen una capilla pequeña; y la hicieron, y pusieron la imagen, y una cruz grande fuera de la capilla sobre una peana de piedras, y otras cruces pequeñas en la dicha capilla donde se iban a rezar cada mañana y a encomendarse a Dios, y asimismo por las tardes. Y viendo esta devoción, los indios se iban a la dicha capilla a hacer actos de oración, y puestos de hinojos, las manos levantadas al cielo, se herían en los pechos, de suerte que los mismos

3. *Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional.* T. I, Santiago, 1861, p. 182. Véanse allí, en las págs. 68 y 139, otros juramentos similares.

4. Constantino Bayle: *Santa María en Indias*, Madrid, 1928, p. 80.

5. Luis Torres de Mendoza: *Colección de Documentos Inéditos* cit. T. XIV, p. 88.

nía por su muy abogada a la Virgen María Nuestra Señora, la cual todo fiel cristiano la debemos tener por nuestra intercesora y abogada" [1].

Tan íntimamente impresa en el alma llevaba esta devoción a la Madre de Dios, que creyó comprometido su honor de caballero en Nueva España si no reemplazaba los ídolos, de buenas o de malas, con la cruz y la imagen de María. Es ponderable, en verdad, cómo este bravo soldados fue sembrando imágenes de Nuestra Señora por los caminos de la Conquista.

Y en esto Hernán Cortés sólo tuvo iguales, que no superiores, entre los capitanes del Nuevo Mundo, estando por lo menos a cuanto nos han conservado las crónicas, Porque, la verdad sea dicha, no todos tuvieron la fortuna de llevar consigo escritores como Bernal Díaz del Castillo y Andrés de Tapia, tan respetables como minuciosos y galanos por añadidura.

II. La Isla de Cozumel

Ya en trance de partir la expedición, Diego de Velázquez da a Cortés las *Capitulaciones,* que transcribe Cervantes de Salazar en su *Crónica de Nueva España.*

Así comienzan:

> "Primeramente: el principal motivo que vos y todos los de vuestra compañía habéis de llevar es, y ha de ser, para que en este viaje sea Dios Nuestro Señor servido y alabado, y nuestra santa fe católica ampliada, que no consentiréis que ninguna persona, de cualquier calidad y condición que sea, diga mal a *Dios Nuestro Señor ni a su Santísima Madre* ni a sus santos..." [1].

Esto y mucho más realizó Cortés. En las ordenanzas que a son de pífano y tambor publicó posteriormente en Tlascallete el 22 de diciembre de 1520, mostraba por lo pronto la decisión de fundar la Cofradía de Nuestra Señora dondequiera que fuere. Al prohibir, en efecto, las blasfemias contra Dios, añadía:

> "Y que lo mesmo se entienda de *Nuestra Señora,* e de todos los santos, so pena que, demás de ser ejecutada las penas establecidas por las leyes del Reino contra los blasfemos, la persona que en lo susodicho in-

1. Bernal Díaz del Castillo: *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España.* Publicada por Genaro García según el códice antógrafo. Vol. II, México, 1904, págs. 439-440.

1. Francisco Cervantes de Salazar: *Crónica de Nueva España.* T. I, Madrid, 1914, p. 106.

por habernos dado aquella victoria tan cumplida, y como era día de Nuestra Señora de Marzo, llamóse una villa que se pobló el tiempo andando, *Santa María de la Victoria*, así por ser día de Nuestra Señora como por la gran victoria que tuvimos. Aquesta fue la primera guerra que tuvimos en compañía de Cortés en la Nueva España".

Pero la obra principal de la Conquista era la propagación de la fe católica, y a ello se consagró Cortés sin economizar desvelos. A los caciques que se le presentaron les mandó "que dejasen sus ídolos y sacrificios, y respondieron que así lo harían, y les declaramos con Aguilar, lo mejor que Cortés pudo –según expresa Díaz del Castillo–, las cosas tocantes a nuestra santa fe, y como éramos cristianos y adorábamos a un solo Dios verdadero, y se les mostró *una imagen muy devota de Nuestra Señora con su Hijo precioso en los brazos, y se les declaró* [lo] *que en aquella santa imagen reverenciamos, porque así está en el Cielo y es Madre de Nuestro Señor Dios.*

"Los caciques dijeron que les parecía muy bien aquella gran Telecihuata, y que se la diesen para tener en su pueblo, porque a las grandes señoras de aquella tierra, en su lengua llaman telecihuatas, y dijo Cortés que sí daría, y les mandó hacer un buen altar, bien labrado, el cual luego hicieron, y otro día de mañana mandó Cortés a dos de nuestros carpinteros... que luego labrasen una cruz muy alta..."

La actividad apostólica del caudillo español debió de ser, por lo visto, eficaz, como que al siguiente día "se puso en el altar *la santa imagen de Nuestra Señora y la cruz*, la cual todos adoramos, y dijo Misa el padre fray Bartolomé de Olmedo, y estaban todos los caciques y principales delante, y púsose nombre [a] aquel pueblo *Santa María de la Victoria*, y así se llama ahora a la Villa de Tabasco"[3].

* * *

Todavía antes de partir, como fuese Domingo de Ramos, quiso el Conquistador que participasen los indígenas en el acto religioso. Y así lo significó a voz de pregonero.

Espoleábales la curiosidad a los de Tabasco por conocer las fiestas cristianas que tanto contraste ofrecían con sus descompuestas danzas rituales. Por lo que resultó muy concurrida la procesión. Vio en ello Cortés favorable coyuntura para una nueva adoctrinación de los indígenas, y tan pronto como terminó la función, sin soltar la palma que llevaba, les habló de esta manera:

3. Díaz del Castillo: *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*. T. I, págs. 99-100.

principal, *do puso imágenes de Nuestra Señora e de algunos santos,* e a veces se ocupaba en les predicar a los indios"[2].

La sumisión y alianza de los tlaxcaltecas abrió a Cortés el camino de la Ciudad de México, adonde resueltamente se dirigió después de castigar la resistencia de los habitantes de Cholula.

VI. Los caballeros de la entrada

No era en verdad empresa fácil ésta de penetrar en Ciudad tan populosa y defendida, como para que los castellanos descuidasen tomar sus precauciones. Da a entender la inquietud que a éstos agobiaba el relato de Bernal Díaz:

> "Como aquella tierra es muy poblada, íbamos siempre caminando muy chicas jornadas, y *encomendándonos a Dios, y a su bendita Madre Nuestra Señora,* y platicando cómo y de qué manera podríamos entrar"[1].

Pero no hubo desaires ni tropiezos. Por doquiera se les deparó a los hombres de Cortés benévola acogida, y aun el mismo Moctezuma salió a recibirlos en despoblado, y, después de agasajarlos cumplidamente, dióles una mansión señorial por aposento.

Pudieron los extranjeros visitar libremente la Ciudad, admirar sus monumentos y averiguar sus costumbres. Moctezuma en persona les mostró sus ídolos y adoratorios.

Ningún entusiasmo, por cierto, despertarían en el ánimo de Cortés aquellas figuras groseras sobre altares enrojecidos con sangre humana. Por lo que aventuró una propuesta al Emperador, "como medio riendo", expresa Bernal Díaz:

> "Que hayáis por bien que en lo alto de esta torre pongamos una cruz, e en una parte destos adoratorios donde están vuestros Huichilobos y Tezcatepuca, haremos un apartado, donde pongamos *una imagen de Nuestra Señora,* la cual imagen ya Moctezuma la había visto, y veréis el temor que dello tienen esos ídolos, que os tienen engañados"[2].

Moctezuma frunció el ceño, y Cortés no insistió.

Con la captura del Emperador, perpetrada poco después, los obstáculos se allanaron, y ya no pensó el Marqués sino en consumar su proyecto.

2. Andrés de Tapia: *Relación sobre la Conquista de México.* En *Colección de Documentos para la Historia de México,* publicada por Joaquín García Icazbalceta. T. II, México, 1866, págs. 572-573.

1. Díaz del Castillo: *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España.* T.I, p. 264.

2. Díaz del Castillo: *Historia Verdadera.* T.I, págs. 292-293.

Refiere Oviedo que "estaban ya en tanta necesidad [los hombres de Alvarado] que les faltó el agua, e cavaron en el patio tanto como hasta la rodilla, e milagrosamente se hinchó el hoyo de agua dulce, no obstante que aquella casa está en medio de la laguna salada.

"Intervino otro milagro muy señalado —prosigue el mismo cronista—, e fue éste: pusieron *la imagen de la Madre de Dios* en un cu muy alto que allí había en la Ciudad, e los indios comenzaron a echar mano della para la quitar, e pegábansele las manos do estaba la imagen, e dende a buen rato se les despegaban, quedando allí señalada, de manera que no osaban llegar allí más".

Alude luego a "que se vido el Apóstol Santiago a caballo, peleando sobre un caballo blanco en favor de los cristianos..., e que decían los indios que veían *una mujer que les echaba mucho polvo en los ojos,* cuando peleaban con los cristianos porque no los viesen".

Desde el terrado replicaban los españoles a las insolencias de los asaltantes "que creyesen que [esa mujer] era *la gloriosa Virgen, Nuestra Señora, Santa María, Madre de Cristo, nuestro Redentor*"[5].

Reacciona por su parte Oviedo contra los racionalistas antiguos y modernos:

> "Ya sé que los incrédulos o poco devotos dirán que mi ocupación en esto de milagros, pues no los vi, es perder tiempo novelando". Pues si los idólatras narran milagros "fechos por el diablo..., *más fácil cosa es a Dios e a la Inmaculada Virgen, Nuestra Señora,* e al glorioso Apóstol Santiago e a los santos e amigos de Jesucristo hacer esos milagros que de suso están dichos, e otros mayores"[6].

De estas sobrenaturales apariciones se hace eco también Gutiérrez de Santa Clara. Tan pronto como volvió Cortés a México le contaron los sitiados "los muchos y grandes combates que los mexicanos les habían dado, afirmando que muchas veces habían visto al Señor Santiago, *principalmente a Nuestra Señora,* que peleaban por ellos y les habían sido muy favorables".

> Aun "los indios dixeron después de ganada la tierra, que ellos los habían visto, porque dellos no se podían defender, porque *una mujer de Castilla muy hermosa,* que estaba junto a la puerta de la casa fuerte, los cegaba con tierra que les echaba en los ojos, y que el de a caballo los mataba con la espada, y que si no fuera por ellos, los cristianos fueran muertos y Moctezuma puesto en libertad"[7].

5. Fernández de Oviedo: *Historia General y Natural de las Indias y Tierra Firme del Mar Océano.* T. III, Madrid, 1953, págs. 510 y sig.

6. Fernández de Oviedo: *Historia General y Natural de las Indias.* T. III, p. 511.

7. Pedro Gutiérrez de Santa Clara: *Historia de las Guerras Civiles del Perú* (1544-1548) *y de otros sucesos de las Indias* (Colección de libros y docum. referentes a la Historia de América, T. XX). T. V, Madrid, 1925, p. 86.

los cristianos que fueron dignos y merecedores de ver a la benditísima Señora Nuestra y a los santos de la Corte del Cielo...

"Ganado este pueblo por los nuestros con gran peligro de sus personas y vidas —prosigue el cronista— *alabaron a Dios y Nuestra Señora grandemente*, cantando el cántico *Te Deum laudamus*, y no queriendo quedar en él, se fueron todos a la provincia de Tlaxcala"[7].

* * *

No es el caso de seguir a Cortés en la reorganización del ejército, su nueva campaña y el sitio y toma de México, con lo que virtualmente quedó consumada la conquista del grande Imperio.

Bastará con estampar este episodio que conservó Bernal Díaz del Castillo, y que compendia magistralmente la historia de toda la conquista de la Nueva España.

Pasmábase Moctezuma cómo sus muchos guerreros no hubiesen podido desbaratar las mermadas fuerzas castellanas. Inquirió la causa, y le respondieron los suyos que "no aprovechaban nada sus varas y flechas ni buen pelear..., porque *una gran Telecibuata de Castilla* venía delante de ellos, y que aquella Señora ponía a los mexicanos temor...

"Moctezuma entonces creyó que aquella gran Señora era *Santa María* y la que le habíamos dicho que era nuestra abogada, que de antes dimos a Moctezuma con su precioso Hijo en los brazos".

Fingidas o reales ésta y las demás apariciones, lo cierto es que la Virgen Nuestra Señora ocupa en la historia de México muchas páginas de su asendereada conquista. Están uniformes en esto desde Cortés hasta el último de sus guerreros:

> ..."*Y ciertamente todos los soldados que pasamos con Cortés* —expone uno de ellos, Bernal Díaz— *tenemos creído, e así es verdad, que la misericordia divina y Nuestra Señora la Virgen María siempre era con nosotros: por lo cual le doy muchas gracias*"[8].

Gastó el Marqués de la Conquista setenta y cinco días en el sitio de la Ciudad de México, la que sucumbió por fin al empuje castellano después de rudo y cruento batallar. Apresado Guatimozín, el último emperador azteca, las tropas de Cortés consumaron la ocupación definitiva de la gran Capital.

7. Gutiérrez de Santa Clara: *Historia de las Guerras Civiles del Perú*. T. V, págs. 98-99.

8. Bernal Díaz del Castillo: *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*. T. I, México, 1904, págs. 370-371.

Capítulo 4
EL IMPERIO DE LOS INCAS

I. El Inca historiador.

Si hay un hombre, entre los historiadores del Perú, que ha conquistado aceptación y buena fama, es el Inca Garcilaso de la Vega.

Su figura ha ido creciendo con el correr de los siglos. Hoy, acaso más que nunca, se estudia con cariño a Garcilaso. No es que se acepte sin discusión cuanto estampó en su *Comentarios Reales de los Incas* y en su *Historia General del Perú*, que es la segunda parte de los *Comentarios*, sino porque se admiran en él copiosa investigación y sana crítica, cualidades entrambas que no llegan a deslustrar las noticias, algún tanto fabulosas, con que condimenta las biografías de sus antepasados los Incas.

Su *Historia General del Perú*, que es la que interesa a nuestro estudio acerca de los conquistadores, "tiene el sabor de lo visto o lo vivido, de lo oído contar a los mismos actores del suceso, o lo reconstruido fervorosamente a la distancia por el doble camino de la información y del recuerdo" [1].

La actualidad de la obra de Garcilaso no es menos indiscutible. Hoy "puede hablarse de un vasto reflorecimiento en cuanto afecta a los estudios garcilacistas", asevera Alberto Tauro [2]. Y después de mencionar la abundante bibliografía contemporánea al respecto, estampa esta halagadora comprobación:

> "Se trata, sin disputa, de un reiterado y admirativo homenaje a la figura del más renombrado historiador peruano, ejemplar amante de su tierra natal, discreto y cauteloso en sus indirectas refutaciones a los prejuicios aceptados en su época al tratar sobre personas y cosas del Perú y América, equilibrado y veraz en sus informaciones y palabras, austero y digno en su vida retirada".

* * *

1. Aurelio Miró Quesada y Sosa: *El Inca Garcilaso*. Madrid, 1948, p.212.
2. Alberto Tauro: *Historia e historiadores del Perú* (1943-1946), en Revista de Historia de América (Inst. Panamericano de Geografía e Historia). México, junio, 1949, págs. 15-16.

grandes mercedes como les habían hecho, que tuvieron entendido que ninguno dellos quedara vivo, sino que todos quedaran allí muertos, por la gran multitud de indios, que para un español había más de doscientos indios"[1 bis].

Pizarro, como buen español, sentía inclinación natural hacia la Madre de Dios. El mercedario fray Pedro Ruiz Naharro atestigua que inauguró la empresa *"ayudándole Dios y su Madre Santísima, de quien siempre fue muy devoto"*[2].

Himno de alabanza a María es, en efecto, el acta de la fundación española del Cuzco:

> "Yo, Francisco Pizarro..., llamando e invocando a *el ayuda de nuestro Redentor y Salvador Jesucristo..., tomando por intercesora a la benditísima Nuestra Señora Santa María, su gloriosa Madre, para que por su intercesión y alumbramiento sea todo mejor enderezado a más alabanza e servicio de Nuestro Señor Dios suyo. . .,* hago fundación. . . de un pueblo poblado de españoles en el asiento de esta gran Ciudad del Cuzco"[3].

Y señalaba como solar de la nueva iglesia "una casa que estaban las paredes de ella hechas de los naturales. . . a la cual dicha iglesia puso por nombre e vocación *Nuestra Señora de la Anunciación";* y los alcaldes y regidores prestaron el juramento de ordenanza "por Dios e por Santa María".

Mientras Pizarro fundaba ciudades en el Perú, Sebastián de Benalcázar, uno de sus capitanes, consumaba la conquista de Quito. Pero apretando las uñas, debido a la tenaz resistencia del general Rumiñahui.

> En estos conflictos –pone de manifiesto Herrera– palparon los castellanos la intercesión de la Santísima Virgen "a la cual continuamente invocaban para su ayuda; porque *esta Madre de Misericordia, Reina del Cielo, es cierto, y así lo tienen castellanos e indios por in dubitado, que en semejantes conflictos apareció muchas veces su bendita imagen, y que della han recibido incomparables beneficios"*[4].

* * *

1 bis. Pedro Gutiérrez de Santa Clara: *Historia de las Guerras Civiles del Perú* (1544-1548) *y de otros sucesos de las Indias* (Colección de libros y documentos referentes a la Historia de América, T. IV). T. III, Madrid, 1905, p. 471.

2. *Relación de los hechos de los españoles en el Perú desde su descubrimiento hasta la muerte del marqués Francisco Pizarro.* En Colección de Docum. Inéd. para la Historia de España. T. XXVI, Madrid, 1855, p. 237.

3. *Colección de Documentos inéditos para la Historia de España.* T. XXVI, Madrid, 1855, p. 223 y sig.

4. Antonio de Herrera: *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra-Firme del Mar Océano.* Década V, Madrid, 1728, p. 104.

rro, primo de los conquistadores homónimos, quien narra el hecho del fuego y lo llama sin rebozo *"milagro que aconteció en el Cuzco con que los indios desmayaron mucho"*:

"Fue que los indios deseaban mucho poner fuego a la iglesia, que decían ellos que si la quemaban, que nos matarían a todos. Pues aconteció que alguna piedra o flecha que debieron de echar de fuego como tengo ya dicho[16], la iglesia se encendió y empezó a arder, que era de paja, y *sin apagar nadie este fuego, ello mesmo se apagó, que muchos lo vimos, y esto fue ansí;* y visto esto desmayaron mucho los indios"[17].

Otra relación más objetiva trae, en fin, el cronista Pedro Gutiérrez de Santa Clara, el cual pocos años después, en 1544, fue soldado en Lima:

"Cuando Mango Inga y todos los indios se alzaron con la tierra cercaron en la Ciudad a muchos españoles, los cuales se recogieron en una casa muy grande, y en donde estuvieron mucho tiempo cercados hasta que de la Ciudad de Lima les vino socorro.

"Los indios quisieron quemar muchas veces esta casa por mandato del Inga, y ellos echaron muchos tizones ardiendo sobre ella y nunca se quemó por mucho que ellos lo porfiaron, aunque corría grandísimo viento, siendo toda ella de paja seca, que al mejor tiempo se apagaba.

"La razón y causa que los indios dixeron estando ya de paz, porque no se había quemado, fue que al tiempo que ponían el fuego, ya que se comenzaba a quemar *venía una mujer muy hermosa, vestida de azul, y que poniéndose encima de la casa y haciendo señal con el manto, luego se apagaba el fuego.* Esto dixeron cuando vieron venir a las españolas, señalando que era como una de aquéllas y así las respetaban muchos y decían que eran hermanas o hijas de aquella mujer muy hermosa que les apagaba el fuego.

"Bien parece que esta mujer de Castilla era la benditísima y sacratísima Virgen María Señora Nuestra, que como Madre piadosa y de gran misericordia dio favor y ayuda a los que poco podían, y a esta causa los cristianos dedicaron esta casa en Iglesia Mayor, en honor y reverencia desta sacratísima Señora Nuestra, y agora es cabeza de Obispado"[18].

* * *

16. Se refiere a datos anteriores que consigna en su *Relación del Descubrimiento de los Reinos del Perú* (Bs. As., 1944, p. 107): "Hacían un ardid que era tomar varias piedras redondas y echallas en el fuego y hacellas ascuas; envolvíanlas en unos algodones y poniéndolas en hondas las tiraban a las casas donde no alcanzaban a poner fuego con las manos, y ansí nos quemaban las casas sin entendello: otras veces con flechas encendidas, tirándolas a las casas, que como eran de paja luego se encendían".

17. Pedro Pizarro: *Relación* cit., págs. 118-119.

18. Pedro Gutiérrez de Santa Clara: *Historia de las Guerras Civiles del Perú* (1544-1548) *y de otros sucesos de las Indias* (Colección de libros y documentos referentes a la Historia de América T.IV). T.III, Madrid, 1905, págs. 552-553. También Fernando de Montesinos, en sus *Anales del Perú* (Publicados por Víctor M. Maurtua: T.I, Madrid, 1906, p. 89), trae estos mismos hechos: "Retíranse los castellanos al galpón grande, que hoy es iglesia. pegan fuego al techo para quemarlos. Aparécese una Señora con un manto azul y unas toallas blancas en la mano apagando con ellas el fuego... como lo testifican

Era la primera de las ilustres víctimas que sacrificó implacable la guerra civil. Seguíale al cabo de tres años otra, la más ilustre de todas. En 26 de junio de 1541 el gran conquistador D. Francisco Pizarro caía bajo el hierro de los almagristas.

> "Y así, le acabaron de matar –expresa el cronista Agustín de Zárate[2]– con una estocada que le dieron por la garganta, y cuando cayó en el suelo pedía a voces confesión; y perdiendo los alientos, hizo una cruz en el suelo y la besó, y así dio el ánima a Dios"[3].

La *Crónica de la Conquista del Perú* de Alonso Borregán, el oscuro vecino de Trujillo al tiempo de estos luctuosos hechos, dice que Francisco Pizarro fue enterrado "sin clérigo ni fraile ni cruz ni quien rezase *Ave María* por él"[4]. Es de notar, sin embargo, que Borregán simpatizaba por Almagro, y que al estampar su testimonio intentaba, al parecer, disminuir la gloria del Marqués conquistador.

El 16 de setiembre de 1542 Diego de Almagro el Mozo era vencido en *Chupas* por el gobernador Cristóbal Vaca de Castro y ajusticiado luego.

> Peleó allí el compañero de Francisco Pizarro, Cristóbal de Burgos, a quien "cupo parte del tesoro que se repartió en el pueblo de Cajamarca". En *Chupas* "le llevó [a Burgos] el brazo izquierdo una bala de un tiro grueso que se tiró de la parte contraria, y con la buena cura que se le hizo, mediante Dios quedó sano y bueno. Dicen que había dicho un día antes que se diese la batalla: *Plega a Dios y a Santa María, su Madre*, me cueste el brazo izquierdo con tal que venza el gobernador Vaca de Castro al enemigo, pues que anda contra Su Majestad"[5].

* * *

La sublevación de Gonzalo Pizarro, hermano de Francisco, fue uno de los acontecimientos más salientes de aquella época de turbulencias en el Perú. Figura de tragedia, D. Gonzalo despierta simpatías después de siglos. "Hombre que nunca fue vencido en bata-

2. Agustín de Zárate: *Historia del Descubrimiento y Conquista del Perú*. Lima, 1944, p. 118. Esta obra que Zárate publicó el año de 1555 en Amberes, es uno de los relatos más conocidos y más divulgados de la conquista del Perú. Fue su autor testigo ocular de algunos de los hechos que narra.

3. También Pedro Pizarro refiere estos datos que conoce de oídas tan sólo: "Dicen que murió el Marqués pidiendo confisión y hecha la cruz con la mano y puesta en la boca" *(Relación del Descubrimiento y Conquista de los Reinos del Perú*. Bs. As. 1944, p. 175, íd. Gutiérrez de Santa Clara: III, p. 485).

4. Alonso Borregán: *Crónica de la Conquista del Perú*. Ed. y Pról. de Rafael Loredo, Sevilla, 1948, p. 55.

5. Gutiérrez de Santa Clara: *Historia de las Guerras Civiles en el Perú*, II, págs. 240-241.

sos datos sobre tan triste episodio allega Gutiérrez de Santa Clara, contemporáneo de estos sucesos:

"Repentinamente le dio [el Virrey] dos puñaladas en lo hueco del hombro izquierdo, de las cuales heridas cayó luego en el suelo derramando mucha sangre. Y con esto el Factor comenzó a dar voces *pidiendo a Dios Nuestro Señor y a Santa María su Madre que le valiesen, y demandando confesión y misericordia y muchas veces;* mas nunca fue oído".

Ordenó incontinenti el Virrey a unos caballeros que le diesen muerte; mas como nadie obedeciera, con amenazas consiguió al fin que un paje y algunos alabarderos se echasen sobre el mal herido español.

Dichos ministriles "le comenzaron a herir estando el Factor caído en un rincón de la cámara, *pidiendo a Dios del Cielo misericordia y perdón de sus pecados.* Parte de los caballeros que allí estaban. . . se pusieron delante dél [el Virrey] de rodillas suplicándole humildemente perdonase al Factor *por amor de Dios y de Nuestra Señora. . .*"

No hubo piedad ni aun para el cadáver de la víctima, que mandó Blasco Núñez echar a la plaza para que sus hombres de armas lo despedazasen. A tanto no llegaron éstos, sino que "lo metieron en una cámara de un alabardero, sin que el Visorrey lo supiese. Pedro de Castro. . . teniendo lástima del Factor *le puso una imagen de Nuestra Señora encima,* y una candela de cera en la cabecera"[3].

Estos desplantes no consiguieron sino aumentar los partidarios de Pizarro; quien, tan pronto como se vio jefe de un ejército respetable, emprendió la marcha hacia Lima. Núñez Vela, sin fuerzas para resistir y poco seguro del vecindario, pensó retirarse a Trujillo, pero depuesto por la Real Audiencia, viose confinado a la Isla de San Lorenzo y luego remitido a España.

En la noche del 26 al 27 de octubre de 1544 entraba furtivamente Francisco de Carvajal en Lima, y proclamaba gobernador y libertador del Perú al "muy magnífico" D. Gonzalo Pizarro, después de mandar ahorcar a tres sujetos principales de la oposición.

Sacados estos de la Ciudad y llevados al encuentro del Gobernador, "sabiendo ciertamente que iban a morir —cuenta Gutiérrez—, *se iban encomendando a Dios Nuestro Señor y a Santa María su Madre* para que hubiese piedad y misericordia de sus ánimas"[4].

Lima deparó espléndidos homenajes a Pizarro y acató su autoridad. Parecía ya resuelto el litigio de los encomenderos y arrinconadas para siempre las famosas ordenanzas, cuando nuevas del Virrey prisionero llegaron a Lima y corrieron por los pueblos del in-

3. Pedro Gutiérrez de Santa Clara: *Historia* cit., T. I, p. 274 y sig.
4. Pedro Gutiérrez de Santa Clara: *Historia* cit., T. I, p. 444.

boca llena hasta que llegó a la picota y rezando el *Credo* fue ahorcado"[4].

Otro caso es el de Francisco Rodríguez Matamoros a quién ahorcó Carvajal de una ventana. Murió Matamoros *"llamando de todo corazón a Dios y a Nuestra Señora,* confesando nuestra santa fe católica"[5]..

Harto aguijoneó el *Demonio de los Andes* el ánimo de Pizarro porque se proclamase rey en circunstancias en que parecía consolidado su poder. A tanto no se llegó por voluntad del propio Pizarro, siempre esquivo con solución tan radical, y mucho también por los buenos súbditos que trataron de disuadirlo moviendo los resortes más sensibles a su corazón de cristiano.

Pone de manifiesto Gutiérrez cómo "algunos religiosos y caballeros muy leales", conociendo "los consejos que le daban [a Pizarro] ciertos interesados" de que se coronase rey, tuvieron el valor de afearle tamaña pretensión:

> "Le pusieron por delante la fidelidad y servicio que debía tener a su Rey y Señor natural, y que mirase mucho por lo que debía a su honra y a su conciencia, *pues era cristiano y temeroso de Dios y muy devoto de Nuestra Señora...* Y que *por reverencia de Dios y de Nuestra Señora su abogada* le suplicaban cuan afectuosamente podían, que por el pensamiento no le pasase de acometer un hierro tan grande como todos decían y se publicaba que quería hacer"[6].

VII. Pedro de La Gasca, presidente de la Real Audiencia de Lima.

La situación de Pizarro no era, ni con mucho, de lo más halagüeña. La Corte de España no podía menos de desaprobar su conducta, pese a sus protestas de fidelidad y al recuerdo de sus anteriores méritos.

En 26 de mayo de ese mismo año de 1546 zarpaba, en efecto, de Sanlúcar el clérigo Pedro de La Gasca, con el título de *Presidente de la Real Audiencia de Lima* y amplios poderes para pacificar las tierras convulsionadas, hasta dejar establecido un gobierno regular.

Desde Panamá tentaba La Gasca un avenimiento pacífico. Pero infructuosamente. Pizarro creyó desairado su honor si entraba en componendas con el clérigo Presidente.

Son ilustrativos, empero, los datos que traen Gutiérrez y Gómara acerca de la actitud de Gonzalo ante La Gasca. Demuestran

4. Gutiérrez de Santa Clara: *Historia* cit., II, págs. 38-39.
5. Gutiérrez de Santa Clara: *Historia* cit., IV. Madrid, 1910, p. 249.
6. Gutiérrez de Santa Clara: *Historia* cit., III, págs. 393-394; 397.

IX. Huarinas y Xaquixaguana.

Con la toma del Cuzco por Centeno, el gobernador Pizarro se halló entre dos fuegos. Optó por poner a salvo sus espaldas y se dirigió a esta última Ciudad, seguro de vencer, según repetía frecuentemente, por su *"gran esperanza en Dios y en Nuestra Señora..."*; *"con ayuda de Nuestra Señora"*[1].

La suerte de las armas lo favoreció una vez más en *Huarinas* el 20 de octubre de 1547, después de recio y sangriento batallar. Había arengado a los suyos " en alta voz y rostro muy alegre —recuerda Gutiérrez[2]—: *Nadie se turbe ni entre el temor entre vosotros, sino que cada uno muestre gran ánimo y esfuerzo para los acometer, porque con ayuda de Dios y de Nuestra Señora ternemos muy presto la victoria en las manos"*.

> Durante la batalla "los unos llamaban *a Dios y a Nuestra Señora,* y los otros a la voz de Su Majestad y del santo que tenían y del capitán a quien servían". Muchos terminaban la jornada *"invocando a Dios y a Santa María su Madre porque se apiadase dellos y los socorriese en aquel doloroso tránsito y lamentable muerte que padecían"*[3].

Lograda la victoria —informa Garcilaso— *"entró* [Pizarro] *en la iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes, a adorar el Santísimo Sacramento y la imagen de la Virgen, su Madre Nuestra Señora"*[4].

* * *

Gran consternación produjo en el campo de La Gasca la noticia de este revés de las armas leales. Pero no había que perder la serenidad, y no la perdió el Presidente; antes con su prudencia y diplomacia, *"confiando en Dios y en Nuestra Señora"*, según anota Gutiérrez[5], alistó hasta dos mil hombres, y con ellos tomó en marzo de 1548 el camino del Cuzco. Pizarro lo esperaba en la localidad de *Xaquixaguana,* a cinco leguas de esta última Ciudad, con novecientos hombres, veteranos de la Conquista los más de ellos.

Quiso exhortarlo antes el Presidente a que "como buen cristiano y *devoto de Nuestra Señora"* depusiese las armas. Negóse Gonzalo y arengó a los suyos: "Tomad ánimo, que yo tengo *esperanza en Nuestra Señora* que los venceremos, y así dijo otras cosas". Y

1. Gutiérrez de Santa Clara: *Historia* cit., IV, págs. 417 y 481.
2. Gutiérrez de Santa Clara: *Historia* IV, págs. 503-504.
3. Gutiérrez de Santa Clara: *Historia* cit., IV, p. 525.
4. Garcilaso de la Vega: *Historia General del Perú.* T. II, p. 276.
5. Gutiérrez de Santa Clara: *Historia* cit., IV, p. 165.

Capítulo 5
POR LOS CAMINOS DEL MAR

Era solamente el acto de zarpar. Estando todo prevenido, se alzaban las anclas, menos una. Dos grumetes se encaramaban a las vergas de los trinquetes, y, a la voz del piloto, dejaban caer las velas. El piloto de la barra asía el gobernalle, y a una señal suya gritaba el piloto del mar:

"Larga trinquete, en nombre de la Santísima Trinidad, Padre e Hijo e Spíritu Santo, tres Personas y un solo Dios verdadero, que sea con nosotros y nos guarde, guíe y acompañe y nos dé buen viaje a salvamento, y nos lleve y vuelva con bien a nuestras casas".

Suelta la vela del trinquete, el piloto se volvía a la tripulación y pasajeros, que, sobrecogidos por lo nuevo de la maniobra y lo solemne del paso, estaban de pie y destocados sobre cubierta, y encomendábales rezasen devotamente un *Ave María "ofrecida a Nuestra Señora la Santísima Virgen María, Madre de Dios, para que alcance de Nuestro Señor Jesucristo, su precioso Hijo, que les conceda buen viaje a salvamento".*

Puestos así bajo el amparo de la Estrella de los mares, desplegábanse las velas y empezaba la navegación hacia las regiones de los sueños, las tierras del oro y las maravillas [1].

Y ya que a la navegación se refiere este capítulo, es bien que comencemos por *Nuestra Señora de la Victoria,* la nao afortunada que dio la primera vuelta al mundo.

I. Hernando de Magallanes, Sebastián del Cano y la nao Nuestra Señora de la Victoria.

Preciosos datos guardan los archivos sobre la devoción de Magallanes a la Madre de Dios. Creeríamos simples coincidencias que

1. Estos y otros datos curiosos pueden verse en Constantino Bayle: *Santa María en Indias.* Madrid, 1928, entre las págs. 40 y 69.

una aventura a la que todos hacían ascos, como que no se creía posible intentarla sin dejar la vida. Y con fundamento, dados los riesgos del mar, que *"si Dios y su Santa Madre* —llega a decir Pigafetta— *no nos hubiesen concedido una feliz navegación,* hubiésemos perecido de hambre en tan vasto mar"[9].

Navegaron efectivamente con vientos favorables durante tres meses y veinte días, recorriendo más de 4.000 leguas, sin que cortara la línea del horizonte otra tierra que dos insignificantes isletas, tan desiertas como estériles, y a las que apellidaron *Islas Desventuradas.*

Las penalidades que sufrieron en aquella monótona y eterna navegación, son inenarrables. Agotado el bizcocho y el agua potable, viéronse en la necesidad de comer por onzas el polvo del primero, lleno de gusanos, y beber la segunda hedionda y pútrida. Hubieron de guisar con agua de la mar el arroz, y cuando éste se acabó también, aprovecharon, a falta de otro sustento, las mismas durísimas pieles que aforraban las jarcias, pieles que cocían después de bien remojadas y ablandadas durante cuatro o cinco días en la mar[10].

* * *

El 16 de marzo de 1521 fondeaban en las que después se llamarían las *Islas Filipinas.* De ellas tomó posesión solemne Magallanes el 31 del mismo mes, *Pascua de Resurrección.* Presidía el acto la imagen de *Nuestra Señora* puesta en un altar junto a la playa.

> "Saltaron los nuestros a tierra —expresa en su *Relación* Maximiliano Transilvano— para celebrar el oficio divino según costumbre de la religión cristiana, porque era aquel día Pascua de Resurrección del año del Señor de 1521. E para la celebridad de tan gran fiesta sacaron a tierra de los navíos las velas y otros atavíos; y cortando ramos de los árboles, hicieron en la ribera del mar de los ramos y velas una devota capilla, y en ella un altar al modo de nuestra España en que se celebrara la Misa. E hecho el altar comenzaron con mucha devoción la Misa y el oficio divino, lo cual como el Rey de aquella isla viese vino allí con gran multitud de indios, y estuvieron con mucha atención mirando nuestros ritos y ceremonias"[11].

A medianoche del 7 de abril, *domínica de Cuasimodo,* llegaban a la Isla de Cebú. Las insinuaciones acaso indiscretas de Magallanes

9. Pigafetta: *Primer viaje en torno del Globo.* Bs. As. 1941, p. 81.

10. P. Pastells: *El Descubrimiento del Estrecho de Magallanes.* Madrid, 1920, p. 124.

11. Relación de Maximiliano Transilvano. En Martín Fernández de Navarrete: *Colección de Viajes y Descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del s. XIV.* T. IV, Madrid, 1837, p. 208.

que piloteaba. Buena prueba de ello es el testamento[16] que redactó en 26 de julio de 1526, nueve días antes de su muerte, a bordo de otra nao que como la primera llevaba grabado bajo el bauprés el nombre de *Nuestra Señora de la Victoria*.

"Creyendo firmemente –así se expresa– todo lo que la Santa Madre Iglesia cree. . . fago mi testamento e postrimera voluntad en la forma siguiente:

"Primeramente mando mi ánima a Dios que me la crió e me redimió por su sangre en la Santa Cruz, *e ruego e suplico a su bendita Madre Señora Santa María Nuestra Señora que Ella sea mi abogada delante su precioso Hijo, que me quiera alcanzar perdón de mis pecados e me lleve a su gloria santa*".

Entre sus muchas mandas piadosas, las hay a diversos santuarios e iglesias de María: a la de *Nuestra Señora de Heciar* lega "cuarenta ducados de oro para que hagan con ellos unos ornamentos"; a *Santa María de Guadalupe*, "seis ducados de oro"; a *Nuestra Señora de Aranzarri*, "un ducado de oro"; a *Nuestra Señora de Yrunyraunza*, "un ducado de oro".

"Item digo que yo concerté con el guardián e frailes del monesterio de san Francisco de la Coruña para que dijesen *una Misa de Concepción* cada día, e tuviesen cargo de rogar a Dios por mi ánima e de todos cuantos en esta armada veníamos e por la dicha armada fasta tanto que yo volviese a España, e para ello hizo una obligación de sesenta ducados... para les pagar cuando la dicha armada volviese a la dicha Cibdad de la Coruña, mando que sean pagados al dicho guardián e monesterio e frailes".

* * *

Entre mil peripecias la nao prosiguió su derrota, dobló el Cabo de las Tormentas o de la Buena Esperanza, e hizo rumbo hacia España con el favor de Dios que le enviaba constante tiempo de bonanza, que de otra suerte todos sus tripulantes habrían irremisiblemente perecido.

Y *"con la ayuda de Dios y de Nuestra Señora"*, según escribió del Cano a Carlos V[17], llegaron a salvamento diez y ocho hombres tan sólo *el día de la Natividad de María*.

"El lunes 8 de setiembre [de 1522] –apunta el cronista Pigafetta– echamos anclas junto al muelle de Sevilla y disparamos toda la artillería.

"El martes saltamos todos a tierra, en camisa y descalzos, con un cirio

16. Puede verse íntegro en la obra del P. Pablo Pastells: *El Descubrimiento del Estrecho de Magallanes*, Madrid, 1920, Apéndice: Docum. n. 7, págs. 359-371.

17. *Raccolta di Documenti e Studi pubblicati dalla R. Commissione Colombiana pel quarto centenario della scoperta dell'America*. Parte III, Vol. I, Roma, 1892, p. 104.

en la mano, y fuimos a la iglesia de *Nuestra Señora de la Victoria y a la de Santa María de la Antigua, como lo habíamos prometido en los momentos de angustia*"[18].

Así concluyó aquel viaje audaz que tanta gloria dio a España, la intrépida. El emperador Carlos V premió munificamente a Juan Sebastián del Cano. Lo que más debió de halagar a éste, fue que su escudo de armas pudiese llevar por cimera un mundo con esta leyenda latina: *"Primus circumdedisti me"*.

La nao *Nuestra Señora de la Victoria* "digna de pintarla e colocarla entre las estrellas e otras figuras celestiales", según frase afortunada de Oviedo [19], tuvo fin misterioso. Después del atrevido viaje recién descrito, navegó a la "Ciudad de Santo Domingo de la Isla Española, y tornó a Sevilla; desde Sevilla volvió a esta isla, y a la vuelta que volvió a España, se perdió, que nunca jamás se supo della ni de persona de los que en ella iban".

II. Pedro Menéndez de Avilés, el adelantado de la Florida.

Hombre de acero y duro de genio fue Menéndez, el arriscado defensor de la fe católica en Indias. Manda Dios los hombres según las épocas, y a fe que la de nuestro Adelantado necesitaba de su fiereza indomable, para mantener el contrapeso católico español frente al pulular de la herejía en el Viejo Mundo y su amenaza siempre latente en el Nuevo.

Daniel Sargent en su monografía *La Conquistadora*[1] dedica merecidas páginas a este prócer de la conquista española en tierras de América. Bueno es entresacar algunas, siquiera vengan en síntesis apretada.

Tiene Menéndez el singular mérito de haber instalado en Estados Unidos el primer establecimiento español permanente. Llamábase este, de *San Agustín de la Florida*, y era como el ojo avizor de España contra los atracos y piraterías con que le enfermaban la paciencia sus vecinos del norte de Europa.

Menéndez tenía por aquel entonces el cargo más exasperante de cuantos existir pudieran. Debía vigilar para que la flota española del Tesoro llegase libre de peligros desde el Golfo de México hasta Sevilla.

Esta responsabilidad era más propia de un semidiós que no de

18. Antonio Pigafetta: *Primer viaje en torno del Globo*, p. 175.
19. Fernández de Oviedo: *Historia General y Natural de las Indias y Tierra-Firme del Mar Océano*. Segunda Parte. T.I, Madrid, 1852, p. 21.

1. Traducción de Francisco Uriburu Bs. As., 1943, p. 45 y sig.

un común mortal. Porque es de advertir que la corriente metálica que amparaba, tenía sobre la situación financiera de Europa continental efecto parecido al que ejerce el *Gulf-stream* en el clima marítimo de Europa occidental. Era como la sangre arterial de la monarquía española, el extraño legado de Colón, el medio que permitía a España desempeñar excepcional papel en el mundo. Menéndez estaba en la postura del Atlas que sostiene el firmamento. Flaquear significaba la caída del estelar destino de España hecho pedazos.

Pero lo que más irritado traía a nuestro Adelantado era la índole de ataques que debía repeler. Ataques ladinos, solapados, hipócritas. De ahí que una justa indignación aguzara su ingenio exasperado.

Los atacantes eran barcos ingleses y franceses que protegían, y enviaban no pocas veces, las reinas de Inglaterra y Francia, Isabel y Catalina de Medicis. Ambas necesitaban algo de las riquezas de España, y debían convertirse necesariamente en parásitos para poder satisfacer sus ambiciones plutocráticas.

Menéndez tomó sus medidas. Organizó un sistema de convoyes, y veló porque los barcos del Tesoro navegasen juntos, a través del océano, con intervalos establecidos de antemano.

Los piratas podían asecharlos en el Caribe. De sobra lo conocía Menéndez. Por lo que equipó una flotilla ligera, cuya única misión era la de tener en constante jaque y alarma a los atrevidos corsarios, mientras la flota principal no llegase a destino.

Tan eficaz fue el remedio, que los jefes piratas de Europa cambiaron de método, y ya no pensaron sino en establecer una base en la Florida para burlar la táctica del recio Adelantado. Tal cometido llevaba la flota de hugonotes que, al mando del corsario Juan Ribaut, zarpaba de Francia a principios de 1565.

Comprendió Menéndez que debía anticiparse a los luteranos. Y tan pronto como alcanzó del rey Felipe II trescientos soldados y 20.000 ducados, a los que agregó un millón de sus propios caudales, más otras tropas que reclutó, el 28 de junio de 1565 se hacía a la vela con diez barcos desde Cádiz, dispuesto a no dejarse detener.

Llevaba en la capitana el pendón de *la Virgen del Rosario*, como que era Nuestra Señora su mejor valimiento y segura garantía.

* * *

Felizmente para nosotros tuvo Menéndez el buen tino de relatar por largo y menudo sus andanzas a la Católica Majestad de Felipe II, Rey de España y Señor de las Indias. Se conservan una serie de cartas de su redacción, que constituyen un arsenal precioso para

la historia de la conquista española en la Florida[2]. Refleja la hidalguía y altivez de su autor este remate encendido que da a todas ellas:

"N[uestro] S[eñor] guarde y acreciente la Católica Real Persona de V[uestra] M[ajestad] con acrecentamiento de mayores reinos y señoríos como la cristiandad lo ha menester, y los criados de V[uestra] M[ajestad] lo deseamos".

Menéndez tenía conciencia del destino de España y de su católico monarca en los atrenzos que la herejía creaba a la fe, y estaba resuelto a colaborar activamente con todos los resortes disponibles para preservar del contagio las tierras del Nuevo Mundo.

Se conserva asimismo la *Relación de la Jornada de Pedro Menéndez en la Florida* que escribió "Francisco López de Mendoza Grajales, Capellán de Su Señoría"[3]. Propónese este con su *Relación* un cometido simple y grandioso a la vez: *"Entendido tengo de servir a mi Dios y a Nuestra Señora, su bendita Madre"*. También López de Mendoza cree de recio que la empresa que llevan no es de índole plutocrática tan sólo, ni mucho menos, sino y sobre todo de índole religiosa. Menéndez, él, los expedicionarios todos, son los cruzados de la fe católica y los colaboradores activos de Dios y de Nuestra Señora, cuya gloria peligra con la herejía.

Abunda, efectivamente, su crónica en frases como estas: *"Siendo Dios Nuestro Señor servido y su bendita Madre"*; *"Como esta empresa es de Jesucristo y de su bendita Madre"*; *"Ha usado Dios y su bendita Madre otro tan gran milagro con nosotros"*.

Una tercera relación aprovechamos también: el *Memorial* del Dr. Gonzalo Solís de Merás, cuñado de Menéndez y cronista de la expedición [4]. Los datos de este otro expedicionario completan y aclaran felizmente muchos puntos de las dos relaciones aquí mencionadas.

* * *

2. Publicó las que guardan relación con la Florida el Instituto Histórico de Marina en la *Colección de Diarios y Relaciones para la Historia de los Viajes y Descubrimientos*. T.II, Madrid, 1943, págs. 47-90. La colección completa en Eugenio Ruidíaz y Caravia: *La Florida, Su conquista y Colonización, por Pedro Menéndez de Avilés*. T. II, Madrid, 1893, págs. 3-292.

3. En Luis Torres de Mendoza: *Colección de Documentos Inéditos relativos al Descubrimiento Conquista y Organización de las antiguas posesiones españolas en América y Oceanía, sacadas, en su mayor parte del Real Archivo de Indias*. T.III, Madrid 1865, págs. 441-479.

4. *Memorial que hizo el Doctor Gonzalo Solís de Merás, de todas las jornadas y sucesos del Adelantado Pedro Menéndez de Avilés, su cuñado, y de la Conquista de la Florida y Justicia que hizo en Juan Ribao y otros franceses*. Ed. de 1565. Publ. por Eugenio Ruidíaz y Caravia: *La Florida. Su Conquista y Colonización por Pedro Menéndez de Avilés*, T. I, Madrid, 1893, págs. 1-336.

El 8 de julio de 1565 transponía Menéndez la Gran Canaria. Navegaba con la preocupación de ganarles de mano a los hugonotes, pues en llegando estos primero a la Florida, podrían "fortificarse muy a su salvo", y entonces "toda la fuerza que yo llevo, aunque vaya junta, es poca para los ofender"[5].

Al mes preciso, el 8 de agosto, fondeaba en Puerto Rico, donde permanecía el tiempo indispensable para carenar las naves exhaustas por la larga navegación. No había por qué esperar más, y el 15 de agosto partía, para estar ya el 4 de setiembre sobre los barcos franceses. ¡Pero a qué costa! Los vientos se habían encrespado a su paso y habían logrado hundirle la mitad de la flota y desvelar la capitana.

Sin embargo de lo que estas pérdidas significaban para el éxito de la expedición, la confianza en Dios y en Nuestra Señora parecía aumentar con los trabajos y penurias. El capellán López de Mendoza lo va repitiendo en su *Relación:*

> "Los demás navíos, que fueron cinco, han venido en conservación, muy buenos temporales, *bendito Nuestro Señor y su bendita Madre. . .*".
>
> "Y fue Dios servido que así los bajos como la isla nos tomase el día sobre ellos, para que lo pudiésemos ver y aguardarnos de los peligros; que cierto como ello fue de día *por permisión de Dios y su bendita Madre*, fuera de noche, no podíamos dejar no destrellarnos en cualquiera parte dellas. . ."
>
> "Y estando harto fatigados y yo cansado de rezar y *pedir a Dios y a su Madre* remedio de tiempo para salir de aquella fatiga, como a las dos de la tarde proveyó Dios de su misericordia. . ."
>
> "*Y permitió Dios y los ruegos de su bendita Madre* questa mesma tarde reconocimos tierra..."
>
> "Donde *fue Nuestro Señor servido y su bendita Madre* que hallamos nuestra Capitana con otro navío. . ."[6]

Noble ufanía respira Menéndez cuando le escribe al Rey:

> "De mí, esté V[uestra] M[ajestad] cierto, que si tuviese un millón más o menos, todo lo gastaría y expendería en esta empresa, por ser tanto de Dios Nuestro Señor, y acrecentamiento de nuestra santa fe católica y servicio y autoridad de V[uestra] M[ajestad]; y ansí tengo ofrecido a Nuestro Señor, cuanto en este mundo me diere, tuviere, ganare, adquiriere, será para meter el Evangelio en esta tierra y alumbrar a los naturales della..."

Los expedicionarios participan de la misma intrepidez y decisión.

5. Carta a Felipe II. Puerto Rico, 13-VIII-1565, en Instituto Histórico de Marina, T. II, p. 48.

6. Luis Torres de Mendoza: *Colección de Documentos Inéditos.* T. III. págs. 443, 451, 457, 458, 463.

"La gente que conmigo ha venido —agrega Menéndez— trabaja con gran ánimo y voluntad que parece que visiblemente Nuestro Señor los esfuerza y anima para ello, de que yo tengo grandísimo contentamiento"[7].

* * *

El 7 de setiembre desembarcaron 200 hombres en las costas de la Florida para construir las trincheras y empalizadas de lo que había de ser el Fuerte de *San Agustín*. Al día siguiente, 8, fiesta de la Natividad de María, bajó Menéndez en persona. "Desembarqué —dirá a Felipe II— [el] *día de Nuestra Señora*, a tomar la posesión de la tierra en nombre de V[uestra] M[ajestad]". La ceremonia fue solemne, según la describe el Capellán, que estaba en tierra desde la víspera.

"Sábado ocho del dicho mes, *día de la Natividad de Nuestra Señora de setiembre*, se desembarcó el señor General, con muchas banderas tendidas y muchas trompetas y otros instrumentos de guerra, soltando mucha artillería; y yo como estaba en tierra desdel día antes y tomé una cruz y salílos a recibir con el salmo *Te Deum laudamus*, y el General vino derecho a la cruz, con todos los demás que con él venían, y hincadas las rodillas por tierra, besaban la cruz; y estaban gran cantidad de indios mirando todas estas ceremonias, y así hacen ellos todo lo que ven hacer"[8].

Quiso luego Menéndez —según el *Memorial* de Solís de Merás— que se dijese *"Misa solemne de Nuestra Señora*, y acabada, tomando posesión de la tierra en nombre de S[u] M[ajestad], tomó juramento solemne a los oficiales de la real hacienda"[9].

Como recuerdo de esta fecha levantó Avilés en el lugar una capilla a *Nuestra Señora de la Leche*.

Bien aviados andaban los trabajos del fuerte, cuando los hugonotes, que no dormían, tentaron una sorpresa. Aprovechando la semioscuridad del alba, echaron cuatro galeones sobre una chalupa y dos bateles españoles cargados de municiones. No tenían éstos otro recurso que meterse en la barra del puerto improvisado, que era bajamar y los navíos franceses eran de mayor calado que los de Menéndez. Pero el viento estaba quedo y los hombres desprevenidos.

En trances así acostumbraban los castellanos confiar sus empresas al Cielo. Y rezaron. *"Hicieron todos oración a Dios Nuestro Señor y a su preciosa Madre*, los salvase de aquel peligro", dirá So-

7. Carta al Rey: La Florida, 11-IX-1565. Instituto Histórico de Marina: Colección cit. II, p. 53.

8. *Relación* cit.: Luis Torres de Mendoza: *Colección de Documentos Inéditos* cit. III, págs. 463-464.

9. *Memorial* cit., p. 80.

lís de Merás en su *Memorial*[10]. *"Y quiso Nuestro Señor milagrosamente salvarnos"*, escribirá Menéndez al Rey[11].

El capellán López de Mendoza describió los pormenores del riesgo:

> "Como los nuestros reconocieron con el día ser franceses, *pusiéronse en oración a Nuestra Señora de Consolación,* que estaba en Utrera, pidiéndole socorro de un poquito de viento, porque ya los franceses venían sobre ellos, y *pareció que Ella mesma llegó al navío, y con un poquito de viento que se bulló, entró el navío por la barra,* de suerte que la chalupa acababa de entrar y los franceses de llegar, y como es barra y baja y sus navíos eran grandes no pudieron entrar, y de esta manera nuestra gente y bastecimientos entraron a salvamento"[12].

* * *

Este ataque malogrado tuvo sus consecuencias, gracias a la perspicacia de Menéndez. Pensó sagazmente que para venir a buscarlo habían dejado los franceses poco menos que desmantelada la propia base sita a seis leguas por tierra hacia el Norte. Era llegado el momento de acometerla, pues. Y alistó una expedición. "Hice poner a punto 500 hombres, los 300 arcabuceros y los demás piqueros y rodeleros"; cada uno, capitanes y soldados, cargó con su mochila y sus armas, "e yo el primero por el ejemplo"; y echaron a andar. Era el 18 de setiembre.

Al siguiente día, 19 por la noche, acampaban a una legua poco más o menos del fuerte francés, y el 20, "como dos horas antes del día", estando todos juntos, díjoles el Adelantado:

> *"Señores: yo, aunque gran pecador, toda esta noche he suplicado a Nuestro Señor y su preciosa Madre, nos favorezca y encamine en lo que hubiéramos de hacer, y así creo lo habréis vosotros, señores, hecho"*[13].

Propuso atacar esa misma mañana el fuerte enemigo; y como asintiesen los suyos, "al alba cuando amanecía, *habiendo hecho oración a Nuestro Señor y a su bendita Madre*, suplicándoles nos diese victoria contra estos luteranos..., Su Divina Majestad nos hizo tanta merced y lo guió de manera, que sin morir hombre ni ser descalabrado sino uno, que ya está bueno, ganamos la fuerza con todo lo que dentro tenía"[14].

10. *Memorial* cit., p. 81.
11. Carta del 15-X-1565. *Colección* cit., II, p. 55.
12. *Relación* cit., págs. 465-466.
13. Solís de Merás: *Memorial* cit., p. 91.
14. Carta de Menéndez al Rey: 15-X-1565. *Colección* cit. II, p. 56.

"*Se consiguió este triunfo* —atestigua fray Antonio de Santa María— *por medio de María Santísima,* porque nuestro Pedro Menéndez de Avilés *consagró a Nuestra Señora esta jornada,* y la llevaba pintada en sus banderas, y al tiempo de embestir *apellidaron el nombre dulcísimo de María,* como otras veces se apellida el de Santiago"[15].

Fue una victoria decisiva. Los vendavales dieron cuenta de la armada francesa hundiendo casi todas sus unidades, y Menéndez se encargó de limpiar de luteranos el territorio.

Volviendo después a Cuba, pidió a los que quedaban "que cada día hiciesen por él oración. . ., *que suplicasen a Dios Nuestro Señor e a su preciosa Madre* le diese buen viaje; e hincándose todos de rodillas, *cantando las letanías,* hicieron oración, y el Adelantado se embarcó, y tuvo tan próspero viento, que habiendo dende allí a la Habana cien leguas, y de corrientes contrarias, las anduvo en dos días naturales, cosa de admiración"[16].

La jornada del 20 afianzó el poderío español en la Florida y ahuyentó sobre todo el peligro sectario, que ya desde medio siglo atrás venía destrozando la fe de Europa.

A Nuestra Señora correspondían en realidad los honores de la victoria, "porque se entiende —atestigua el cronista capellán— que *sólo mi Dios y su Madre hicieron esta jornada* sin fuerzas de hombres, contra estos enemigos de su santa fe católica"[17].

III. Pedro Sarmiento de Gamboa, "el digno Caballero".

Así lo llamó el inglés Walter Raleigh, cuando prisionero de los piratas, fue Sarmiento remitido a Londres. Y lo era de verdad el rumboso explorador y colonizador del Estrecho de Magallanes.

Ernesto Morales, en su biografía[1], lo presenta como el "arquetipo de un siglo: el XVI, y de su raza: la hispánica". Por "uno de los hombres más interesantes de nuestra Marina de fines del s. XVI —tiénelo el español Julio F. Guillén—, y tal vez el más representativo del espíritu recio que animaba a los navegantes y descubridores de esta época"[2].

15. Fray Antonio de Santa María: *España Triunfante y la Iglesia laureada en todo el globo del mundo por el Patrocinio de María Santísima en España.* Madrid, 1682, p. 379.

16. Solís de Merás: *Memorial,* p. 136.

17. *Relación cit.,* T. III, p. 472.

1. Ernesto Morales: *Sarmiento de Gamboa. Un Navegante español del s. XVI.* Barcelona 1932, p. 9

2. Instituto Histórico de Marina: *Colección de Diarios y Relaciones para la Historia de los Viajes y Descubrimientos.* T. III, Madrid, 1944, p. 7.

Marino audaz y de temple consagró Sarmiento su vida con desinterés y lealtad al servicio del rey don Felipe II, y a honra y gloria de la Virgen Nuestra Señora. En esto último saca a todos los navegantes ventajas Pedro Sarmiento de Gamboa.

Cuando el corsario Francisco Draque sorprendió el patriarcal reposo del virreinato, púsose en transparencia que las costas occidentales de Indias estaban abiertas a todas las piraterías de los barcos extranjeros. Pensó, pues, el virrey del Perú, D. Francisco de Toledo, "enviar a descubrir el Estrecho de Magallanes, que por esta Mar del Sur se tenía cuasi por imposible poderse descubrir, por las innumerables bocas y canales que hay antes de llegar a él, donde se han perdido muchos descubridores que los gobernadores del Perú y Chile han enviado allá"[3].

Sarmiento de Gamboa había de capitanear las dos naos veleras destinadas a la exploración. La primera de ellas llevaba un nombre que era todo un símbolo: *Nuestra Señora de la Esperanza*. Sarmiento la eligió por capitana. La segunda se llamaba *San Francisco*, y sería la almiranta.

Al darle sus instrucciones en la Ciudad de los Reyes, a 9 de octubre de 1579, el virrey Toledo se ponía a tono con el pensar español. Así comenzaban éstas:

> *"Para honra y gloria de Dios, y de la Virgen María, su Madre y Señora Nuestra, a quien Vos, el capitán Pedro Sarmiento, habéis de tener por Abogada y Patrona de los navíos y gente que lleváis a cargo para este descubrimiento y jornada, que se os ha encargado del Estrecho de Magallanes"*[4].

Dos días después, el 11 de octubre de 1579, "a las cuatro de la tarde, *en el nombre de la Santísima Trinidad Padre y Hijo y Espíritu Santo, Tres Personas y un solo Dios verdadero*", se hacían las dos naos a la vela desde el puerto del Callao.

Y aquí comienza el viaje del asombroso navegante. El diario lleva todas las de la ley. Termina el 15 de agosto de 1580, día de *la Asunción de Nuestra Señora*, cuando "por la misericordia de Dios, reconocimos la costa de España en el cabo de San Vicente, seis leguas más al norte. Laus Deo". Y certifica a renglón seguido:

> "Todo lo cual se leyó públicamente delante de todos los desta nao-capitana, que fueron los siguientes": y aquí los nombra; 33 personas. Y prosigue: "A todos los cuales aquí contenidos les fue preguntando si lo contenido en esta relación era verdad, o tenían que contradecir; y dijeron ser todo lo que en ella contenido verdad, sin saber cosa alguna que pudie-

3. *Relación y derrotero del viaje de Sarmiento de Gamboa* (1579-1580). En Instituto Histórico de Marina. *Colección* cit., p. 17.

4. *Relación y derrotero* cit., p. 19.

sen ni debiesen contradecir. Y esto es la verdad y los que supieron firmar lo firmaron de sus nombres y rúbricas; y asimesmo yo Pedro Sarmiento de Gamboa, Capitán superior de esta nao y armada de Su Majestad, juro a Dios, a esta cruz, y a los Santos Evangelios, que todo lo contenido en esta relación y derrotero es verdad. . ."[5].

* * *

A las dos jornadas de navegación la capitana hacía agua y hubieron de recalar en Pisco durante algunos días para su reparación. Prosiguieron luego la derrota con la mar en bonanza. El 28 de octubre fue de los días más prósperos:

"Este día —apunta el diario— hicimos particularmente gracias a Nuestro Señor Dios por el buen tiempo que nos daba, y hicimos cierta limosna para la Casa de *Nuestra Señora de la Rábida* de España. Todos los días de fiestas el Padre Vicario hacía sermón que nos consolaba mucho con su buena doctrina"[6].

La navegación siguió sin tregua. Algunas tormentas no tuvieron mayores consecuencias. Pudo, en cambio, tenerlas la que los sorprendió el 19 de noviembre en una ensenada que llamaron *Puerto Peligroso*.

Debió de ser muy crítica la situación cuando la capitana, quebrada un ancla y reventado el cable grueso de la otra, quedó tan fuera de combate que comenzó a ir atravesada [y] a dar al través en los arrecifes de la costa". Intenta aquí el cronista comunicar al lector sus emociones y recelos. Vale bien la pena seguirlo:

"Lo que aquí se debió sentir —explica— júzguelo quien en otras semejantes se ha visto; pero no por esto los pilotos y gente de mar y tierra desanimaron, antes con gran ánimo y *llamando a Dios y a su benditísima Madre,* dieron con grandísima diligencia fondo a otra ancla que iba entalingada; y quiso Dios que tomó fondo y aferró, y con mucha presteza se abitó, y la nao hizo cabeza; y así se salvó la nao, que sin falta *la libró la Sacratísima Madre de Dios milagrosamente*"[7].

* * *

Allí quedaron hasta el siguiente día. Y como "la mar y viento no abonanzaba", determinó nuestro Capitán echar las naos por un

5. *Relación y derrotero* cit., págs. 132-133. Además de la Colección del Instituto Histórico de Marina de 1944, que citamos y utilizamos, existe la más reciente de todos los viajes de nuestro marino, con el título de Pedro Sarmiento de Gamboa: *Viajes al Estrecho de Magallanes* (1579-1584). 2 tomos. Bs. As., Emecé, 1950.

6. *Relación y derrotero* cit., p. 30.

7. *Relación y derrotero* cit., págs. 36-37.

boquerón que formaba "una isleta y la tierra grande" para guarecerlas en la ensenada contigua mejor abrigada y abierta.

Era menester empero sondar previamente el boquerón y averiguar si podían pasar las naos por él. Cumplió este cometido el piloto Hernando Alonso con un batel, y como hallase fondo hizo señas a las naos.

La operación de más riesgos estaba para comenzar: meter los navíos entre las rocas del boquerón con la mar encrespada y llevarlos incólumes a salvamento. Pero la Virgen Nuestra Señora gobernaba el timón.

"Sabido aquel pasaje –prosigue el Diario– determinámonos de ir y pasar por allí; y así *en el nombre de la Sacratísima Reina de los Angeles* largamos las amarras por mano, teniendo primero el trinquete arriba; y en un instante *nos llevó la Madre de Dios y nos metió por el boquerón* que iba tocando con los penoles cuasi en las tierras de ambas partes; y llegamos al otro puerto sondado donde surgimos, y quedamos en una bonanza y tranquilidad maravillosa; a lo menos que lo pareció entonces".

Tan serio debió de ser el riesgo que el cronista, contra su costumbre, volvió sobre él:

> "Fue cosa de admiración –comenta– ver las vueltas que la nao iba dando por entre los arrecifes y vueltas de la canal del boquerón, que un caballo muy arrendado no las diera tales; y en todas iba como un rayo, que si discrepara cualquiera cosa, se hacía pedazos. Tuvimos por mejor acometer esta temeridad donde había alguna esperanza de salvación, que no estarnos obstinados y con pereza en aquel puerto, donde cierto, si esto no hiciéramos, esa mesma tarde pereciéramos todos sin escapar hombre".

Tras la capitana pasó la almiranta, todo con bien, "por la señalada merced que Dios nos hizo de darnos este puerto, donde nos reparamos *por intercesión de su gloriosísima Madre. Llamamos a este puerto de Nuestra Señora del Rosario;* y al otro *Peligroso;* aunque los marineros le llamaron *Cache-diablo*"[8].

El domingo 22 de noviembre saltaron los marinos a tierra, "y arbolando Pedro Sarmiento una cruz alta, todos con mucha devoción la adoraron, y cantóse en alta voz el *Te Deum laudamus* de rodillas". No era para menos.

Tomóse luego posesión de aquella tierra en nombre del Rey de España, y se rezó Misa "que fue la primera que [en] esta tierra se ha dicho".

* * *

8. *Relación y derrotero* cit., p. 37.

Desde una cumbre pudo apreciar Sarmiento el inmenso archipiélago que se extendía hacia el Sur. Contó hasta ochenta y cinco islas grandes y pequeñas, y descubrió un canal muy ancho, que supuso se echase al mar a la altura poco más o menos del gran Estrecho. Y pues no alcanzaba a verlo en toda su extensión, resolvióse a explorarlo en batel con dos pilotos y diez arcabuceros.

Buen nombre llevaba el batel: *Nuestra Señora de Guía*, y había de surcar *"el Golfo de la Santísima Trinidad. . . en el nombre de Dios Nuestro Señor y de su Madre Santa María Señora Nuestra"*, según indica la Relación aquí utilizada.

Durante esta exploración y a través de todo el resto de la empresa, los nombres de la Virgen florecen como sonrisas de cielo en los "puertos y canales, caletas, ancones, bajos, restingas" del vasto archipiélago austral.

El 14 de noviembre era el *"Puerto de Nuestra Señora del Valle"*; el 27, el *"El Puerto Bermejo de la Concepción de Nuestra Señora"*; el 28, la *"Punta de la Anunciada"*; el 7 de diciembre, el *"Brazo de la Concepción,* porque en su víspera lo navegamos" [era un estrecho]; el 11, la *"Punta Nuestra Señora de la Peña de Francia"*; el 6 de enero, el *"Cabo de Nuestra Señora de la Victoria"*; el mismo día, el *"Cabo de Nuestra Señora de las Virtudes"*; el 9, la *"Punta de Nuestra Señora de las Mercedes"*; el 2 de febrero, el *"Puerto de Nuestra Señora de la Candelaria"*; el 18, la *"Punta de Nuestra Señora de la Gracia"*: el mismo día, la *"Punta de Nuestra Señora del Valle"*, y la *"Angostura de Nuestra Señora de la Esperanza"*; *"Punta de la Consolación"*, porque "la Madre de Dios nos consoló en sacarnos della"; *"Ensenada de Nuestra Señora del Remedio"*; *"Cabo de la Virgen María"*; y, en fin, el *"Estrecho de la Madre de Dios"*, que así bautizó nuestro Capitán el gran Estrecho de Magallanes, meta principal de su viaje.

Sarmiento de Gamboa alimentó también su puntillo de honra, según explica el cronista: "Porque Sarmiento siempre tuvo determinado de morir o hacer efecto, *con el ayuda de Nuestro Señor Jesucristo y de su benditísima Madre Santa María*"[9].

* * *

Pero nuevas desazones deparaba la mar al asendereado navegante. Explorando la costa con el batel *Santiago* el domingo 20 de diciembre, sorprendiólos al anochecer tal cerrazón y furioso viento, que hubieron de navegar a ciegas. Para mayor desdicha y zozobra, la ventolera los acercó a la costa.

9. *Relación y derrotero* cit., p. 64.

"Como víamos reventar la mar por todas partes llevábamos gran temor de perdernos, no viendo parte que no fuese costa brava; y tenernos a la mar no podíamos, y cualquiera cosa era peligro de muerte".

Encomendáronse a Nuestra Señora de Guadalupe. El remedio fue eficaz, ¡y tan eficaz!

"Guiándonos su Divina Majestad, entramos a escuras en una ensenada abrigada de todos los vientos, donde estuvimos aquella noche con harto contento, pareciéndonos cada vez que surgíamos que nos hallábamos resucitados. Llamamos a esta *Ensenada de Nuestra Señora de Guadalupe* por lo dicho. *¡A ella sean dadas infinitas gracias!"* [10].

En la última semana de enero así como en los primeros días de febrero las tormentas dieron poca tregua. El 21 de enero cargó el viento "con tanta furia, y metió tanta mar, que era cosa temerosa de ver, que con ningunas diligencias no nos podíamos valer, sino por momentos creíamos perecer. En la capitana se iba con grandísimo trabajo y peligro *llamando a Dios Nuestro Señor, y a su benditísima Madre, y a los Santos..."*

El espectáculo era al par que soberbio, espeluznante:

"Entraba la mar por un bordo y salía por otro, y por popa y proa, que no había cosa que no anduviese debajo del agua".

A la mañana siguiente, como no amainase el viento, encomendáronse a Nuestra Señora de Guadalupe, y echaron "un romero con limosna para aceite a su Santa Casa".

Durante todo el día 22 de enero y su noche "fue creciendo la tormenta". El sábado por la mañana calmó el viento y hasta cesó la brisa suave que llaman *vahaje* los marinos. Lo que constituía nuevo riesgo, dada la cercanía de la costa y "la mar de leva" del pasado temporal que podía arrojarlos malamente sobre las peñas. Por ver de remediar tanta desazón se encomendaron *"al Espíritu Santo consolador, y a la gloriosísima Madre de Dios;* [y] *súbitamente por su misericordia* —pone de manifiesto la crónica—, *nos vino un vientecito claro y bonacible,* con que salimos de aquel peligro" [11].

* * *

Duró poco la bonanza. El domingo por la mañana amaneció tanto viento que —según frase gráfica del cronista— "nos comía la mar". Hubo desazón esta vez por ocho días.

"Los mandadores cansados y roncos de dar voces y trabajar, y los marineros hechos pedazos y tullidos del frío y agua y golpes y heridas...;

10. *Relación y derrotero* cit., p´52.
11. *Relación y derrotero* cit., págs. 68-70.

sin darnos [el temporal] una hora para nos amarrar en abrigo; que aquí, más que en la mar, tuvimos por cierta nuestra perdición. Mas, *con el favor de la Santísima Madre de Dios*, a cabo de ocho días, que fueron treinta de enero, nos amarramos cerca de tierra, y el viento y mar abonanzó" [12].

Lo que más lastimó entonces a Sarmiento fue que la nao *San Francisco* se había separado y vuelto a Chile. La nueva, sin embargo, con ser de gravedad, no alcanzó a desmayar su intrepidez. Le bastaba y de sobra con la capitana, cuyo nombre —*Nuestra Señora de la Esperanza*— era cifra y compendio de los finos sentimientos que abrigaba su alma. Y la exploración siguió su curso.

Nuevo temporal el 2 de febrero. Acababan de bautizar con el nombre de *Nuestra Señora de la Candelaria* el puerto descubierto la víspera, cuando "cargaron las refriegas tan furiosamente que reventaron dos cordones de la amarra mayor y mejor". Se arregló como se pudo, y "quedando sobre un calabrote, reventaron otros dos cordones y quedaron dos cordones del calabrote sanos, tan gordos como un dedo pulgar cada uno, los cuales *con la ayuda de la Sacratísima Virgen María Madre de Dios Señora Nuestra de Guadalupe* nos tuvieron la nao que no fuese al través sobre las peñas y nos perdiésemos, no habiéndonos podido tener una muy gruesa amarra..."

"Tuvímoslo todos por milagro de Dios y su benditísima Madre hizo con estos pecadores siervos suyos que la llamaban de corazón, y los valió. ¡Gracias infinitas le demos por siempre jamás! Amén".

"Tuvimos este caso por tan grande, que guardamos el calabrotillo para colgallo en *el templo de la serenísima Reina de los Angeles;* y quien lo viere la alabe por las mercedes que hace a las criaturas de su preciosímo Hijo Dios verdadero y Señor nuestro" [13].

* * *

La llegada al gran Estrecho fue el premio que la Providencia les reservaba al cabo de tantas penalidades. Tuvo entonces Sarmiento una feliz inspiración: cambiarle el nombre al Estrecho de Magallanes por el *de la Madre de Dios.* Y empeñóse para obtener de Felipe II real declaratoria que sancionase dicho cambio, no sólo en esta ocasión sino también cuando en 1584 trató de colonizar sus márgenes. El intento no prosperó. Pero, eso sí, las crónicas conservan su recuerdo como claro testimonio de lo alto que rayaba la devoción de Sarmiento a la Virgen Nuestra Señora.

12. *Relación y derrotero* cit., p'70.

13. *Relación y derrotero* cit., p. 72.

El 12 de febrero de 1580 se adelantó el Capitán en batel con unos pocos, y, luego de tomar posesión del lugar, alzó una gran cruz a cuyo pie enterró una carta-mensaje.

"En esta carta se daba aviso a todas las naciones y gentes –escribía a Felipe II– cómo esta tierra es de Vuestra Majestad, y cómo se tomó la posesión por la corona de Castilla y León para que no pretendan ignorancia, y cómo este Estrecho en nombre de Su Majestad le fue puesto nombre ESTRECHO DE LA MADRE DE DIOS, a quien Pedro Sarmiento tomó por Abogada en este viaje y descubrimiento"[14].

Vuelto el navío, al día siguiente sábado, "se dijo Misa en tierra" y se realizó la ceremonia solemne de toma de posesión del Estrecho ante todos los tripulantes. La crónica refiere por menudo cómo Sarmiento "hizo un gran mojón de piedra y en él arboló una cruz alta que se parecía desde toda la canal de el Estrecho, y se puso una carta que es la siguiente:

"Posesión del Río de San Juan y del Estrecho de la Madre de Dios".

"JESUS MARIA"

"En el nombre de la Santísima Trenidad Padre, Hijo y Espíritu Santo. Tres Personas y un solo Dios verdadero Todopoderoso, que de nada crió el Cielo y la Tierra y todas las demás cosas, en el cual yo creo y todo fiel cristiano debe creer firmemente, y *de la sacratísima siempre Virgen María Madre de Dios, Abogada nuestra y particularmente de esta Armada. . ."*

Nos interesa el digno remate que nuestro viajero puso al documento. Es una explosión vibrante de encendida gratitud:

"Item, hago saber a todos, que para hacer este viaje y descubrimiento *tomé por Abogada y Patrona a la serenísima Señora Nuestra Reina de los Angeles Santa María Madre de Dios siempre Virgen,* conforme a la instrucción de Su Excelencia [el Virrey]. Por lo cual, y por los milagros que Dios Nuestro Señor por su intercesión ha usado con nosotros en este viaje y descubrimiento, y en los peligros que en él hemos tenido, puse por nombre a este ESTRECHO DE LA MADRE DE DIOS, puesto que antes se llamaba ESTRECHO DE MAGALLANES; y espero en su Majestad, siendo, como es, *tan devoto de la Madre de Dios,* le confirmará este mesmo Nombre en sus escritos y provisiones, pues yo en su Real Nombre se le puse, para que *siendo Patrona y Abogada destas regiones y partes, interceda con su preciosísimo Hijo Jesucristo Nuestro Se-*

14. *Relación y derrotero* cit., p. 84.

ñor por ellas alcance de su benditísima Majestad haya misericordia de las gentes della, y les envíe su Santo Evangelio, para que sus ánimas se salven..."[15].

* * *

La navegación del Estrecho ofrecía sus peligros. Y los hubo muy serios para aquellos aventurados argonautas. Pero navegaban por el *Estrecho de la Madre de Dios,* y allí estaba Ella maternalmente dadivosa como en las horas del boquerón.

El 18 de febrero la corriente los fue echando sobre unos bajos de poco fondo. Corrían riesgo de quedar varados. "Y viéndonos en tan gran peligro, *encomendámonos a Nuestra Señora del Valle,* y Pedro Sarmiento se ofreció de ser su romero, y se sacó ofrenda para su Santa Casa en Sevilla, suplicándole nos librase de aquel peligro; y *súbitamente la Reina de los Angeles Madre de Dios y de misericordia* nos envió un vientecito fresco, con que la nao fue saliendo y cortando la corriente"[16].

De un riesgo semejante salieron airosos el martes 23. Llegó momento en que el navío, acosado por la corriente pareció tocar fondo, con terrible sobresalto de la tripulación.

> "Estábamos todos –pone de relieve el *Diario*– en confusión mortal, como suelen estar los que esperan ser ahogados y perdidos en tierras o mares donde no hay otro remedio sino del Cielo: y acordándonos de este, *encomendándonos a Nuestra Señora la Madre de Dios de Esperanza, nuestra Abogada, cuyo nombre esta nao tiene, y milagrosamente nos libró su precioso Hijo por su intercesión. Infinitas gracias le doy a mi Dios y Señor y a su preciosísima Madre la Virgen María que tantas mercedes nos ha hecho en este descubrimiento, librándonos por momento de la muerte y de otros infinitos peligros*"[17].

Sarmiento llamó al lugar *Angostura de Nuestra Señora de Esperanza.*

Ese mismo día volvió el peligro del poco fondo, y "nos vimos en harta fatiga, y también *la Madre de Dios nos consoló con sacarnos della:* y por esto llamé a esta punta *de la Consolación".* Desde allí descubrieron "otra punta baja en la costa del norte" que llamaron *Cabo de la Virgen María.* Era el actual *Cabo Vírgenes* a la salida del Estrecho. Por la parte sud, en la Tierra del Fuego, denominaron la otra punta que forma la boca del Estrecho *Cabo del Nombre de Jesús.*

15. *Relación y derrotero* cit., p. 87.
16. *Relación y derrotero* cit., págs. 90-91.
17. *Relación y derrotero* cit., p. 96.

Llegaban así en un miércoles 24 de febrero a la abertura oriental del *Estrecho de la Madre de Dios.* Habían cumplido felizmente su cometido. Era natural, pues, que a este punto la crónica desbordase en acentos de gratitud y confianza:

> "*Dios Nuestro Señor sea loado y su bendita Madre Santa María que nos guió y encaminó y dio sufrimiento para ir adelante* sin rendir el ánimo al demonio y a sus lazos, que hartos procuró tender porque este viaje no hubiese buen fin. Confío en la Divina Majestad que ha de resultar en gran servicio suyo, plantando en estas tierras su Santa Iglesia Católica, para que estos naturales y ciegos gentiles sean instruidos en la santa fe católica de Nuestro Señor Jesucristo, y sus ánimas se salven"[18].

Era el ideal apostólico de la España misionera. Y es el que asoma en los diarios de viaje y crónicas del Descubrimiento y Conquista del Nuevo Mundo.

* * *

Ya no quedaba sino enderezar la proa hacia la metrópoli y abandonar la costa. Gastaron cinco meses y medio en recorrer este último tramo de navegación por el Océano Atlántico.

Persiguiéronlos todavía los malos tiempos. Pero ya estaban avezados a la mar brava. Una tempestad, sin embargo, la del 19 de marzo, debió de tenerlos por algunas horas con el credo en la boca, a estar a lo que la crónica refiere:

> "Y vístonos angustiados de tan malos tiempos, *hicimos plegaria a Nuestro Señor Dios y a su benditísima Madre Santa María Nuestra Señora,* que nos diese buen tiempo, y Sarmiento hizo cierta limosna particular a *Nuestra Señora de la Antigua* en Sevilla y *encomendándonos a la advocación de Nuestra Señora de la Consolación,* y sacamos romero. . ., y diose limosna para aceite a su Santa Casa"[19].

A fines de mayo avistaban la Ciudad de Santiago de Cabo Verde. Allí, después de ahuyentar a un corsario francés, desembarcaron todos la mañana del 25, "y en procesión y descalzos —estampa la crónica— con algunas imágenes y cruces en las manos fuimos a la iglesia de *Nuestra Señora del Rosario,* y nos confesamos y oímos una Misa cantada votiva, a la cual comulgamos, y se dio a los oficiadores la limosna que se había sacado, y más. *Dimos gracias a Nuestro Señor Jesucristo y a su preciosísima Madre* que nos había librado de tantos trabajos, y nos había traído a tierra de cristianos. Y asimesmo se dio la limosna que se había juntado para la casa de *Nuestra Señora del Rosario*, y la que se había sacado para pobres;

18. *Relación y derrotero* cit., p. 99.
19. *Relación y derrotero* cit., p. 103.

y la que se traía para Misas se dio a quien las dijese por nosotros y por las ánimas del Purgatorio"[20].

Luego de ahuyentar por segunda y tercera vez las naves corsarias que merodeaban junto a la isla, partieron el 19 de junio. Un mes tardaron para llegar a las Azores, y otro, poco menos, para avistar las costas de España. Era el 15 de agosto de 1580, fiesta de la *Asunción de Nuestra Señora.* Providencial coincidencia para quienes la Reina del Cielo había sido por largos meses Abogada, Defensora y Estrella rutilante.

* * *

Otras aventuras corrió Sarmiento de Gamboa al colonizar el *Estrecho de la Madre de Dios*, que fuera largo referir aquí. Tanto en estas como en las pasadas que ya conocemos, parecía por momentos no tener el osado marino otra preocupación que la honra de Nuestra Señora. Solazábase en vincularla a los acontecimientos de mayor relieve. Y Ella se le hacía encontradiza...

En la *Relación* que envió en 18 de setiembre de 1584 a Su Majestad con los sucesos de esta colonización, refiriéndose a su última llegada al Estrecho en la *"víspera de la Santísima Anunciación de Nuestra Señora la Madre de Dios"*, así concluye Sarmiento:

> "Una cosa es mucho de ponderar para mí en estas jornadas y desde que salí del Perú a ella la primera vez, que *siendo mi Patrona y Abogada la Sacratísima Madre de mi Dios y Señor, poniéndole su nombre santísimo al Estrecho, todas las cosas más notables y salidas y entradas de puertos ha sido en alguna de sus santísimas fiestas, y así entramos en el Estrecho esta última vez víspera de la Purificación suya, y llegué aquí víspera de su gloriosísima Anunciación y Encarnación. . .*"[21].

Pedro Sarmiento de Gamboa, "el digno caballero", no tuvo igual, en las finezas de su devoción a la Virgen, entre los más ilustres navegantes del siglo XVI. El recuerdo de sus proezas ha de quedar, por otra parte, vinculado a los favores que le deparó con hartura la excelsa Reina del Cielo. Es el convencimiento que crea la lectura de su minucioso *Diario.*

IV. A la vela se hacen los Capitanes.

Las crónicas y diarios de viajes y descubrimientos que han visto la luz pública en estos años abundan en relatos maravillosos

20. *Relación y derrotero* cit., p. 119.
21. Esta Relación se halla íntegra como Apéndice, Docum. n. 30, en Pablo Pastells: *El Descubrimiento del Estrecho de Magallanes.* Madrid, 1920, p. 700.

que, la verdad sea dicha, tenemos poco menos que relegados al olvido. Aun sus principales protagonistas son personajes desconocidos para nuestro siglo falaz y olvidadizo.

Es bueno, pues, que hagamos conocimiento con algunos más, singularmente con los que mayor devoción demostraron a la Estrella de los mares, Nuestra Señora, bajo sus diversas advocaciones. Son ellos los representantes genuinos de una raza que, desde muy remotos tiempos, a honra tuvo defender la Concepción Inmaculada de la Madre de Dios.

SEBASTIAN VIZCAINO exploró las costas de California allá por los años de 1602 y 1603. Partiendo de Acapulco con dos navíos y una fragata llegó, haciendo rumbo hacia el Norte, hasta el Cabo Mendocino. Por entonces una expedición de este linaje no andaba exenta de muy graves riesgos. Vizcaíno, que así conocía la mar como la palma de su mano, quiso obrar sobre seguro.

Zarpó, en efecto, el 5 de mayo de 1602 *"llevando por Patrona y amparo a Nuestra Señora del Carmen*, a la cual embarcamos —narra la crónica— [el] día de la Invención de la Cruz, en procesión con toda la gente de mar y guerra en orden, haciendo salva de artillería y mosquetería, y la barca en que se embarcó, entoldada con su arco, de que dio gran contento a toda la gente desta armada y tierra"[1].

La Virgen era como el personaje de más viso que navegaba en la capitana. Lo que exigía desde luego alguna etiqueta en los desembarcos. Por eso, la toma de posesión de un nuevo territorio descubierto tenía carácter peculiar en la expedición de Vizcaíno.

Bajaba la gente para proveerse de lo necesario —leña y agua— y reconocer el lugar, Preparábase una tienda o barraca para recibir a la ilustre Viajera. Y la Virgen descendía luego "recibiéndo [se] la en tierra con salva de arcabucería y mosquetería"[2].

Todo dispuesto, Nuestra Señora en el altar, y junto a Ella el Capitán, la tripulación, y aun los indios cuando los había en la región de desembarco, celebrábase la Misa, ordinariamente cantada, en la que comulgaban el Jefe expedicionario y mucha de su gente, y por fin se llevaba en procesión la imagen bendita.

En el Cabo de San Lucas, punta extrema de la Península de California, siendo "día del ochavario del Santísimo Sacramento, el dicho General mandó hacer una tienda junto a la playa al abrigo de una grande peña", en la que se colocó *la imagen de María.* Luego *"se dijo Misa y se hizo procesión del Santísimo Sacramento, llevando en la procesión a Nuestra Se-*

1. Instituto Histórico de Marina: *Colección de Diarios y Relaciones para la Historia de los Viajes y Descubrimientos.* T. IV, Madrid, 1944, p. 42.
2. *Colección* cit., p. 50.

ñora del Carmen. Confesó y comulgó el General y mucha gente y predicó el Padre fray Tomás de Aquino, y todos con mucha alegría, salud y paz dimos gracias a Dios de haber llegado a este paraje"[3].

Tal era, sobre poco más o menos, el ceremonial de desembarco. En una de estas ocasiones "saltó en tierra el dicho General y religiosos; díjose Misa; acudieron a ella algunos indios, oyéndola con mucha atención como elevados, diciéndoles por señas a lo que ellos preguntaban que aquello era negocio del Cielo, y los dichos indios abajaban las cabezas, besaban la cruz; decían las oraciones y todas las palabras que les decíamos en nuestra lengua"[4].

* * *

Con este mismo destino —la exploración de California— partió de España en 1643 el aragonés D. PEDRO PORTEL CASANATE, llevando "por fundadora y pobladora a *Nuestra Señora de la Defensa*".

En la *Carta de Relación* que escribió a un amigo suyo trae este dato pintoresco: "Díjose Misa cada día: púsose la divisa de la cruz en muchas partes. Acudían [los indios] a la Misa y a la *Salve*, postrándose y haciendo las mismas acciones que en nosotros miraban. Y algunos, cuando se arrojaban tras los peces. . ., decían: *Santa María, ora pro nobis;* entendiendo con esta súplica aseguraban así la presa, como la libertad del riesgo, quedándose impresa en la memoria tan loable costumbre, de lo que de los españoles habían oído"[5].

* * *

Muy preocupado andaba en 1675 D. Baltasar de la Cueva, virrey del Perú, por las noticias que le traían del extremo meridional del continente. Decíase que naves corsarias merodeaban a su placer por el Estrecho de Magallanes, muy dueñas del mar, islas y tierra firme.

Urgía, pues, alistar una flota, y en ello se contrajo ANTONIO DE VEA por comisión del Virrey.

El diario de este viaje abunda en noticias y hechos comunes a todos los demás diarios de viaje, aun por lo que a fervor mariano

3. *Colección* cit., págs. 43-44.

4. *Colección* cit., p. 53.

5. Luis Torres de Mendoza: *Colección de Documentos Inéditos relativos al Descubrimiento, Conquista y Organización de las antiguas posesiones españolas en América y Oceanía.* T.IX, Madrid, 1868, págs. 14-15.

respecta, que también este asunto fue de suyo común a los navegantes y conquistadores españoles de entonces.

Imploró Vea a *"la Madre de Dios de Carelmapo"* cuando, piloteando una piragua, le "sobrevino tan horrenda mar" que poco faltó para que allí dejase sus huesos a merced de las olas; y la Virgen "fue servida que pasase sin tocarnos"[6].

Su gratitud a Nuestra Señora se manifestó repetidamente. Conocido que hubo en Chacao el voto del capitán Pacual de Iriarte "de ir descalzos a llevar la vela mayor que habían ofrecido *a la Madre de Dios, Nuestra Señora de Carelmapo*", propúsose acompañarlos personalmente.

> "Salté con toda la gente en tierra y descalzos fueron a la iglesia... Dijeron Misa [unos Padres], y después de ella *se cantaron las letanías de la Virgen dándola gracias de haberlos traído a su puerto*"[7].

Airosa inscripción dejó Vea en la Isla de San Esteban el 13 de enero de 1676. Es oro de ley:

> *"Reinando Carlos II, el Justo, el Grande, el Temeroso de Dios y Devotísimo de su preciosa Madre la Virgen Santísima sin mancha de pecado original en el primer instante de su ser natural,* Rey de las Españas. . ., se puso y fijó esta inscripción por el gobernador general D. Antonio de Vea"[8].

* * *

Con idéntica redacción ordenó poner otra al mes siguiente D. PASCUAL DE IRIARTE estando "a la vista del Estrecho de Magallanes". La devoción a Nuestra Señora de este intrépido navegante, compañero de Vea, rayaba muy alto.

Exploró las costas del Sur en el navío *Nuestra Señora del Rosario* primero, y en el de la *Santísima Trinidad* después. Recorrió desde la Provincia de Chiloé hasta el Estrecho de Magallanes y costas de la Tierra del Fuego.

> El jueves 30 de enero de 1676 volvía un chinchorro de tomar posesión de cierta tierra desconocida. Refiriéronle sus tripulantes cómo habiendo hallado en un paraje de la costa un árbol descortezado con punta de cuchillo, "formaron una cruz deste árbol, cantando el Credo en alta voz, con júbilo de todos y grabaron en ella *los caracteres del Dulcísimo Nombre de María. . .*"; y cómo a la tierra que parecía firme pusieron "por nombre el de *Nuestra Señora del Rosario*"[9].

6. Instituto Histórico de Marina: *Colección de Diarios y Relaciones para la Historia de los Viajes y Descubrimientos.* T. I, Madrid, 1943, p. 86.
7. *Colección* cit., T. I, p. 90.
8. *Colección* cit., T. I, p. 87.
9. *Colección* cit., p. 108.

La tempestad empero asechaba a los hombres de Iriarte, que hubieron de vivir días de tragedia por las regiones del Estrecho. El miércoles 5 de febrero pensaron que el embravecido océano se les venía encima; lo que bastó para excitarles *"la devoción de Nuestra Señora de la Soledad, refugio en mar y tierra"*[10].

El lunes siguiente fue mucho mayor el peligro, tal que a las diez de la noche –refiere Iriarte – "parecía andar la mar por los cielos, con refregones tan pesados que hacían crugir la nao, y temblar la gente". Como arreciase la tempestad "se acogieron al asilo más seguro de los santos con invocaciones públicas de *Salve y Letanías. . .*"

> Llegó momento en que el mismo Iriarte, sintiéndose impotente para alentar a los suyos –según puso él mismo de manifiesto–, "para conseguirlo así del Cielo como de la gente de mar *hice promesa a la Virgen Santísima del primer puerto donde llegásemos a salvamento, dedicar a su santa imagen el valor de la vela mayor,* de cuya conservación pendía el remedio de todos, como sucedió por su misericordioso amparo".

Mas el viento no cejó. Antes volvió a los dos días "arreciando más [y] cargó de suerte que levantó mayor tempestad", tanto que "la gente muy trabajada de la pasada, comenzó a descaecer, pidiendo al Cielo el remedio que desconfiaran de la tierra; muchos hicieron voto de religión; otros, *promesas y limosnas a la Virgen del Carmen por ser su día, todos con las deprecaciones de la Salve y Letanías. . .*"

Parecía inevitable el naufragio. Por lo que el Capellán de la nao impartió la absolución general "en voz alta después de tiernos actos de contrición". Por fin, pasada la medianoche, amainó "el viento su rigor y el mar su furia".

Nueva tregua relativa y nueva tempestad, que, a estar al diario de Iriarte, sobrepujó a las pasadas.

> "No hubo persona en la nao –expone el Capitán y cronista– que no entendiese perecer a su furia". Y en estas y aquellas "hiciéronse todas las diligencias de cristiano para el último trance que entendían tener a los ojos *acogiéndose al seguro asilo de María Santísima, con diferentes promesas*"[11].

Fueron quinde días agotadores. La mayor parte de la tripulación, creyendo ser punto menos que imposible continuar la derrota, llegó al extremo de proponer a Iriarte que "determinase varar en tierra, pues no quedaba otro refugio para escapar las vidas". Afortunadamente triunfaron las buenas razones del Capitán, quien

10. *Colección* cit., p. 111.
11. *Colección* cit., p. 118.

los excitó a "vencer con constancia la adversidad de los tiempos esperando en Dios los mejorara".

Se comprende que al llegar salvos al puerto de Chacao, "así como dimos vista –expresa Iriarte– a *la Santa Casa de la Virgen Santísima*" de dicho puerto, fuese universal el regocijo, y que al desembarcar, el domingo 8 de marzo, les viniese muy luego en deseo de cumplir su voto con la devoción que es de imaginar:

> "Todos descalzos con el Padre Capellán –pone de relieve Iriarte–, cargamos la vela mayor desde la orilla del agua hasta la iglesia donde está colocada *la Santa Imagen de Nuestra Señora de Carelmapo;* con el concurso de todo el pueblo fuimos a cumplir nuestra promesa, dejando para adorno de su altar el valor de dicha vela, con otras limosnas que ofreció la demás gente. Asistiendo todos al Santo Sacrificio de la Misa, que en hacimiento de gracias dijo devotamente el M[uy] R[everendo] P[adre] Antonio Amparán de la Compañía de Jesús, cantando por remate el *Tedéum Laudamus y Salve*"[12].

V. Nuestra Señora de los Náufragos.

Es otro párrafo interesante de la historia mariana en Indias. Uno de los más notables cronistas, Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, con quien ya hemos hecho conocimiento, dedica todo un libro de su monumental obra a los "infortunios e naufragios acaecidos en los mares de las Indias".

Tiene el mérito Oviedo de conocer los hechos por fuente directa, como que trató y oyó a sus protagonistas, según él mismo atestigua una y más veces. Avezado estaba, por otra parte, a las embestidas del mar. De lo que podía jactarse sin vanagloria:

> "Y de aquesta manera he yo aprendido a escrebir e notar estas cosas que no se pueden así explicar por los cronistas que no navegan"[1].

Ya que tan buenas cualidades adornan el relato que hace Oviedo, en su compañía y en la de Nuestra Señora nos haremos a la mar, no sin escuchar antes la exhortación con que previene nuestro cronista a "los que tales naufragios oyeren o leyeren: *y los unos e los otros nunca deben cesar de se encomendar a Nuestro Señor e a la piadosa Madre del Redentor la gloriosa Virgen sin mancilla, de quien tan señalado socorro suelen hallar sus devotos en sus angustias y necesidades en la tierra y en la mar*"[2].

12. *Colección* cit., p. 123.

1. Fernández de Oviedo: *Historia General y Natural de las Indias y Tierra-Firme del Mar Océano.* Tercera Parte. T. IV, Madrid, 1855, p. 465.
2. Fernández de Oviedo: *Historia General y Natural de las Indias,* IV, p. 465.

No es lo menudo, lo de providencia ordinaria el tema que acomete Oviedo. Sus afanes rebuscadores apuntan más alto. Entiende reconstruir hechos milagrosos, portentos que no se rigen por las leyes comunes de la naturaleza, desde que exigen una providencia especial, cosas "mayores e particulares —al decir del mismo cronista—, que cada una dellas es miraculosa, e para mucho loar a Dios... Porque sin duda es grande la atención que los cristianos tienen en semejantes calamidades y nafragios *para se encomendar a Dios y a su gloriosa Madre: e así parece que los oye e son socorridos miraculosamente*, como se verá y parece por los ejemplos y capítulos siguientes".

* * *

En 1513 unas treinta y cinco personas quedaban relegadas, después de un naufragio, en playas desconocidas. Sin armas ni víveres debieron vagar errantes en busca del cotidiano sustento. Lo que les valió, sin embargo, la piedad de los indios, quienes, en trance de atacarlos, como los viesen indefensos y abatidos, desistieron de su intento y aun les proporcionaron alguna comida. Así pasaron más de un mes.

La escasez de recursos y la postración por la inútil espera de socorro los decidió, por fin, a construir una barca y hacerse en ella a la mar. Mas "sin agujas ni carta de navegar ni piloto" no pudieron apartarse mucho de la costa. Debían pensar, por lo demás en proveerse de algún alimento. Y así desembarcaban a veces para "buscar agua, e mariscaban tomando caracoles e almejas e lo que hallaban".

Mal podían, empero, estas bagatelas mantenerlos en salud y librarlos de la muerte. Al fin, después de diez meses de tan ajetreada vida, sólo catorce hombres, escuálidos y ojerosos como espectros, se arrastraban penosamente por el destartalado barquichuelo.

Una nave de la expedición de Pedrarias Dávila dio al cabo con ellos. Y fue tan providencial el encuentro, que el mismo día, desesperando de hallar gente cristiana, habían acordado con juramento sacrificar al que designase la suerte para alimentar a los demás. Aquella mañana tocaba el turno a un tal Alvaro de Aguilar, y sus compañeros no se decidían a cumplir con tan bárbaro compromiso, por ver si daban todavía con alguna nave española. Lo que sucedió de verdad; y, bien recibidos a bordo, aportaron todos, días después, al Darién.

La fantástica aventura dio que hablar a la gente, al par que despertó viva conmiseración por sus protagonistas.

"Yo pregunté muchas veces —comenta Oviedo— a algunos de aquestos hombres que qué oración especial hicieron, o si prometieron algún voto, e me dijeron que cada uno se encomendaba a Dios e lloraba sus culpas; pero el Alvaro de Aguilar y el Antón de Salamanca y el Ternero [que así se llamaba otro de los náufragos] me dijeron que se habían votado de ir en romería a *Nuestra Señora de Guadalupe*, e que así creían que *la Madre de Dios milagrosamente los había escapado de tan señalados trabajos*"[3].

* * *

Otros casos refiere nuestro cronista que es bien reproducir aquí.

Echase a la mar desde el Darién una nao en 1514, y húndese en aguas del océano. Los náufragos logran desprender un batel y salvarse. Pero quedan a merced de las olas.

"E cotidianamente con lágrimas e sospiros *llamaban a Dios y a su gloriosa Madre*, y en especial se votaron a *Nuestra Señora del Antigua*, que está en la iglesia mayor de Sevilla, *e plugo a la Reina del Cielo de oírlos*".

Llegan extenuados después de 11 días de bamboleo a la Española, "e así como saltaron a tierra, se descalzaron, e dando infinitas gracias a Dios, se fueron derechos a la iglesia a referir el conocimiento que de tan señalada misericordia divina *a Dios debían e a su preciosa Madre*, con tan señalado milagro como con ellos usó la clementísima bondad de Dios"[4].

Parten dos naos de España en 1523, con dos días de distancia, y hacen rumbo a la Española.

Naufraga la primera, pero sálvase la gente en una isleta desconocida. La segunda hace agua en otra isla vecina, por una piedra que se le ha incrustado entre las tablas del maderamen, y está a punto de zozobrar. Logra, por fin, un marino tapar el orificio, y la nao sigue su derrota.

Con el favor de Dios llegan a la isleta donde los náufragos de la otra embarcación pasan momentos de grave incertidumbre, y comprueban conmovidos que "no habían salvado [estos] cosa alguna sino las vidas e personas *e una imagen grande de Nuestra Señora del Antigua* que está agora en la iglesia mayor de esta Ciudad" de Santo Domingo de la Española.

Entendido se está que cargaron con los náufragos y los llevaron a la Española.

"E aquí se reparó [la nao] —apunta Oviedo—, e se llevó la piedra mesma *a Nuestra Señora de Guadalupe, a la cual se habían todos votado y encomendado*".

3. Fernández de Oviedo: *Historia General y Natural de las Indias*, IV, p. 471.
4. Fernández de Oviedo: *Historia* cit., IV, p. 473.

Los tripulantes de una y otra embarcación podían con verdad preciarse de haber vuelto a nueva vida.

"Lo cual fue extremada e muy maravilla, *la cual usó Dios, Nuestro Señor, e su gloriosa Madre la Virgen Santa María, Nuestra Señora, con los unos e los otros*"[5].

* * *

Refiere también Oviedo hechos portentosos que denotan, lo menos, el fervor de la devoción en quienes fueron sus protagonistas.

Allá por los años de 1533 navegaba desde España una nao con rumbo a Santo Domingo de la Española, cuando un espantoso incendio estuvo a punto de dar con ella y los viajeros en el fondo del mar. Los esfuerzos desesperados de la marinería y, singularmente, la oración más que fervorosa, apremiante, de todos, lograron la salvación.

"En esta nao --cuenta Oviedo-- iba e se halló una mujer de bien, llamada Catalina Sánchez, que yo tuve en mi casa todo el tiempo que estuvo aquella nao [en Santo Domingo]: la cual, como testigo de vista, contó el caso, e aun decía más, que en aquel tiempo quel fuego en la nao andaba eran muchos los gritos e clamores de los pasajeros, e con tantas lágrimas e devoción como se puede e debe creer; *e que dos personas de los que allí iban afirmaban de haber visto a Nuestra Señora de Guadalupe* en aquel mayor peligro e trabajo en que estaban e que *así pensaron e creyeron que se habían salvado por su medio*"[6].

Tres naos superan prodigiosamente en 1533 un temporal, doscientas leguas mar adentro, y aportan en la Española. Durante tres días y dos noches las había castigado duramente el vendaval.

"Viéronse muchas veces debajo de las ondas de la mar anegados; *e llamando a Nuestro Señor e a su gloriosa Madre*, parecía que del profundo de las aguas subían para arriba, e como aquellos pecadores decían: *¡Oh Madre de Dios, Virgen María!*, e con lágrimas e gran atención pedían su socorro, oyeron en el aire decir: *¿Qué la queréis? ¿Qué la queréis?* E así [escucharon] replicarlo algunas veces a los demonios, los cuales afirman sin duda haber algunos visto. *A la cual gloriosa Señora plugo, a pesar de los adversarios diablos, de socorrer esta miserable gente en tanta agonía e trabajo puesta*"[7].

Partía en 1519 una carabela desde Santa María del Antigua del

5. Fernández de Oviedo: *Historia* cit., IV, p. 478.
6. Fernández de Oviedo: *Historia* cit., IV, p. 478.
7. Fernández de Oviedo: *Historia* cit., IV, p. 479.

Darién para la Española. Fieras tormentas asechaban a sus asendereados tripulantes, los cuales "muchas veces se vieron sorbidos de las ondas del mar, e cuasi anegados, e otras tantas *la Madre de Dios los sacó de debajo del agua. A la cual, con muchas lágrimas e devoción, todos los que allí iban se encomendaban con grandes voces e gemidos, como personas que tan cerca vían la muerte*".

Hasta afirmaron algunos haber oído a los demonios parlotear a voces sobre cómo hundir la nave, y que uno de ellos replicó:

> "*No puedo, que va aquí la de Guadalupe*, entonces fue tan grande el alarido e lágrimas de todos aquellos pecadores cristianos, *llamando a Nuestra Señora de Guadalupe y encomendándose a Ella*, que pareció que abrían el aire e llegaban al cielo sus aclamaciones.
>
> "E así fue ello: *milagrosamente los libró Dios a intersección de su gloriosa Madre del peligro de la mar e del diablo*".
>
> Todos reconocieron "*los misterios e particulares e muy señalados milagros a Nuestra Señora de Guadalupe:* a la cual se votaron los más que iban en aquel navío" [8].

Sería cosa de nunca acabar con los hechos portentosos que cuentan y repiten cronistas e historiadores acerca de la intervención de Nuestra Señora en los azares del mar. Son todos ellos claro testimonio del maternal valimiento de María y de la fe que sus devotos hijos le profesaron en los trances de mayor peligro.

8. Fernández de Oviedo: *Historia* cit., IV, p. 481.

Capítulo 6
AMÉRICA DE SANTA MARÍA

Era el nombre de Nuestra Señora, en sus diversas advocaciones, el más apetecido por los fundadores de ciudades, villas y provincias. Obra existe y muy nutrida respecto de los santuarios dedicados a María [1]. Nuestro estudio, *La Virgen Generala*, se ciñe más bien a la acción de los conquistadores y primeros pobladores, y a la devoción que como tales derramaron profusamente por tierras de América.

Libro de amplia investigación y que lo abraza todo es el de *Santa María en Indias* del jesuita P. Constantino Bayle [2]. De él se entresacan, en su mayor parte, el rosario de perlas marianas ofrecidas al lector de este capítulo.

I. Ciudades, armas y blasones.

Hoy son pocos los que saben que la capital de Bolivia no es, según la mente de sus fundadores, La Paz, sino *Nuestra Señora de la Paz;* ni Buenos Aires tuvo siempre nombre tan corto, sino el de *"La Muy Noble y Muy Leal Ciudad de la Santísima Trinidad, Puerto de Santa María de Buenos Aires"*, como encabezaba sus despachos el Cabildo secular, hasta bien entrado el siglo XIX, desde que Pedro de Mendoza le dio tal título en honor de Nuestra Señora del Buen Aire que se venera en Cagliari, capital de la isla de Cerdeña, y no porque su cuñado, Sancho del Campo, al desembarcar, exclamase: "¡Qué buenos aires son estos!" [3]; ni Trujillo, de Venezuela, recordaba únicamente la villa extremeña, antes añadía el comple-

1. Ruben Vargas Ugarte: *Historia del Culto de María en Iberoamérica*. Bs. As. 1945.

2. Constantino Bayle: *Santa María en Indias: La Devoción a Nuestra Señora y los Descubridores, Conquistadores y Pobladores de América*. Madrid, 1928.

3. V. José Torre Revello: *El Nombre de Buenos Aires y su Santo Patrono* (Cuadernos de Buenos Aires, I). Bs. As., 1945, p. 12 y sig.

mento de *Nuestra Señora de la Paz;* ni a Puerto Príncipe, en Cuba, lo llamó así Diego Velázquez, su fundador, sino *Santa María de Puerto Príncipe;* ni Barbacoas (Colombia, Nariño), era simplemente secadero o parrillas de madera (que eso significa "barbacoas"); más devotos anduvieron los españoles que allí asentaron, y su ciudad fue *Nuestra Señora del Puerto de Nuevo Toledo;* ni Medellín, en el actual departamento de Antioquia, era simplemente Medellín, sino *Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín*; ni Arequipa suena en la comisión que para fundarla dio Pizarro al capitán Pedro Anzures, sino *Villa de la Asunción de Nuestra Señora de Vallebermoso.* Y lo propio acaeció con cien otros casos.

¿Quién verá en atlas actuales del Brasil ni rastro de los nombres que puso su primer descubridor, Vicente Yañez Pinzón, *Santa María de la Consolación y Rostro Hermoso,* a la costa, y *Santa María de la mar Dulce,* al río de los ríos, al Amazonas? ¿Cuántos saben que el lago de Maracaibo fue para los españoles el *Lago de Nuestra Señora?*

En las actas de fundación de ciudades, el nombre de María aparece con todos los atributos de su esclarecido abolengo. Si Jerónimo Luis de Cabrera funda la Ciudad de Córdoba de la Nueva Andalucía en la Argentina el 6 de julio de 1573 *"en el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, un solo Dios Verdadero, y de la Gloriosa Virgen su Madre Nuestra Señora, a quien toma por Abogada"*, Juan Ramírez de Velazco, al fundar "la Ciudad de Todos los Santos de la Nueva Rioja" el 20 de mayo de 1591, echa a correr por el acta la vena de su fina devoción:

> *"En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres Personas y un solo Dios verdadero, y de la gloriosa Virgen Madre Santa María Señora Nuestra* a quien suplico para su misericordia sea servida de guardar aquesta fundación de pueblo en su gloria y alabanza, de manera que su divina Majestad sea servida y su santa fe ensalzada y estos bárbaros habitantes, en sus términos y tierras, vengan en conocimiento de su Dios y Criador, *para lo cual pongo por Intercesora y Medianera a la serenísima Madre de Nuestro Señor..."*[4].

* * *

Esta misma devoción mariana campea en las armas y escudos elegidos por las ciudades o a ellas otorgados.

4. Amílcar Razori: *Historia de la Ciudad Argentina.* T. I, Bs. As., 1945, págs. 197 y 264.

A la Ciudad de Nuestra Señora de Zacatecas dio por escudo Felipe II los bustos de los cuatro fundadores y, en medio, *la imagen de Nuestra Señora;* a la de la Bufa, una peña grande, y arriba la cruz, y en la parte más acomodada de la peña *una imagen de Nuestra Señora,* porque en el día de su natalicio se descubrieron las minas de aquel cerro; a la de Celaya, también en México, Felipe IV, el monarca devoto de la Inmaculada, otorgó por timbre *la Limpia Concepción* en campo azur, sobre el mezquite bajo cuyas ramas se celebró el primer Cabildo de la naciente villa; la Gobernación de Quijos ostentaba en el suyo *"una imagen de Nuestra Señora del Rosario* sentada en una silla con dos indios a los lados, que están de rodillas con sendos rosarios a los cuellos"; y la capital que fundó Juan de Salinas, el intrépido descubridor y primer navegante del temeroso Pongo de Manserique, la torrentera en que hierve aprisionado el Amazonas, se llamó *Nuestra Señora del Rosario, "en nombre de Dios Nuestro Señor Todopoderoso y de su bendita Madre".*

La villa de Medellín, o sea Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín, recibió por escudo de Felipe IV un castillo y, sobre él, entre dos garitas, *la imagen de Nuestra Señora de la Candelaria.* Como escudo extraoficial de Buenos Aires, puede entenderse el cuadro a que se refiere el siguiente acuerdo del Cabildo de 9 de febrero de 1692:

> "Tratóse asimismo que por cuanto desde la fundación desta Ciudad se formó y puso como lo ha estado hasta el tiempo presente un cuadro de lienzo en que están dibujados los Patronos desta Ciudad, que lo son *la Virgen Santísima María Nuestra Señora de las Nieves* y San Martín con las armas reales, y que dicho lienzo respecto de su antigüedad se halla cuasi sin efigies, es necesario que se haga y forme otro de nuevo"[5].

Años después, en 1762, al recibirse en Buenos Aires noticia del breve pontificio de 8 de noviembre de 1760 que declaraba a la Santísima Virgen, bajo la advocación de su Inmaculada Concepción, Patrona de España e Indias, ordenó el Muy Ilustre Cabildo, Justicia y Regimiento bonaerense que se reconociese *"a la beatísima Virgen Madre de Dios en su Purísima Concepción, por universal Patrona de todos los Reinos y Señoríos de Su Majestad Católica y especialmente... por Patrona y Abogada de esta Ciudad"*[6].

5. *Archivo General de la Nación:* Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires. T. XVIII (Libros XII y XIII). Bs. As., 1925, p. 20.

6. *Archivo General de la Nación:* Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires. Serie III. T. IIII (Libros XXXIII, XXXIV y XXXV). Bs. As., 1927, p. 35.

II. En los acontecimientos grandes y menudos.

De vida mariana llevaban impregnada el alma aquellos españoles de Indias, lo mismo dentro de casa que en actos más públicos y solemnes: lo mismo los virreyes, como el marqués de Cañete, que "levantábase muy de mañana y solo con un paje de guardia se iba el río arriba rezando unas horas", o el conde de Lemos, que se firmaba esclavo de la Concepción; como la gente de humilde estofa, el arriero de Nuevo México, que atribuía sus prósperos viajes entre los apaches a la intercesión de Nuestra Señora y le ofrecía en agradecimiento la mejor mula de su recua, la cual iba siempre muy adornada y con cartel donde se leía: *"Esclava de María, que la gana jornal"*, porque, efectivamente, al culto de la Santísima Virgen se consagraban los provechos de la bestia; como aquel Diego de Salazar, a quien –según el relato de Oviedo– "todos le loan de *muy devoto de Nuestra Señora"*, que en una rebelión de indios, en 1510, a no haber él intervenido, "no quedara ninguno con la vida. . .: el cual demás de ser *muy devoto de la Madre de Dios* y de honesta vida, era muy animoso y de grande esfuerzo"[1].

¿Se establece en Lima el Consulado General en 1613? Pues el sello fue un escudo coronado, y sobre campo azur una jarra de oro con un ramo de azucenas, y alrededor la letra: *"María concebida sin pecado original"* ¿Se funda la Universidad? Pues hasta la campanilla de plata, regalo de Carlos V, pregonará las excelencias de la Virgen con la inscripción que la rodea: *"Ave, gratia plena"*. ¿Que se graduaba alguno? Pues además del voto de la *"sententia pía"*, como llamaban al de defender *la Inmaculada*, común a todas las universidades, el graduado antes que las propinas y guantes de doctores y bedeles, había de dar ochenta y seis pesos a la caja del *culto de Nuestra Señora*, en cuya capilla se conferían los grados. ¿Que el Cabildo de México otorgaba licencia al carcelero en 1524 para demandar limosna en beneficio de los presos pobres? Pues a la licencia iba unida la orden de que "de las limosnas que se le dieren tenga *una imagen de Nuestra Señora* y una lámpara que se encienda de noche delante de Ella".

* * *

¿Encalla junto a Panamá un navío? Se encomiendan los pasajeros a una imagen de *la Virgen de Copacabana* que venía a bordo:

1. Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés: *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del Mar Océano:* T. III. Asunción del Paraguay, Ed. Guaranía, s. f., Bs. As., 1927, p. 197 y sig.

pónese a flote el barco, y en agradecimiento toda la Ciudad acude a sacarla a tierra triunfalmente. ¿Llegan a tierra de cristianos los españoles cautivos de Arauco después de cuarenta años? Su primera visita, con candelas en las manos, será a la iglesia de *Nuesta Señora de las Mercedes*.

¿Proclama el virrey Mendoza la coronación de Felipe II, así que el Emperador enterró en Yuste sus ambiciones y desengaños? El pendón de la ceremonia, por un haz de subido rojo lleva la imagen de Santiago y por el otro la de *Nuestra Señora*. ¿Llega a Quito la nueva de haber nacido el príncipe Baltasar, primogénito de Felipe IV? La primera señal de regocijo fue una solemnísima procesión con *la Virgen de Copacabana*.

¿Se descubre el 2 de febrero de 1544 el Cerro de Potosí, pasmo de la naturaleza, "erario de todas las naciones", como lo llama un autor, nombre que a todos los pueblos y lenguas ha pasado como cifra y compendio de riqueza? Los españoles del Perú, reparando en la festividad de la Presentación y ofrenda que hizo la Virgen en el templo, ven en ello singular providencia, pues "*parece que lo dio Dios a España agradecido della, y como a ruego de aquella Señora, Patrona deste Reino especialísima*"[2].

En los primeros años de la conquista, las flechas envenenadas fueron el terror de aquellos hombres que parecían no temblar ante la muerte; porque tan endemoniada era su fuerza, que cristiano a quien tocaban en la sangre, podía darse por perdido. Alguno, como Hojeda, se salvó; pero abrasándose con planchas candentes la herida, hasta encender el hueso.

Al fin se halló remedio humano: cierta yerba de tal virtud que el zumo de una hoja bastaba para cerrar la herida más enconada. "*Yerba de Santa María*" la llamaron, como si la eficacia le viniese del favor de la Virgen. Y "*bálsamo de María*" llamaron asimismo a la resina del árbol descubierto en Venezuela, triaca para las mordeduras de culebras.

* * *

Pero no hay indicio tan poderoso de cuan honda tenían en el alma la devoción y arraigada la costumbre de invocar el amparo de María, como los últimos instantes de aquellos hidalgos y aventureros de áspera corteza y tierno corazón.

Lo ordinario era ir al patíbulo abrazado a una imagen suya, como Gonzalo Pizarro; o como el gallardo y muy valiente mariscal

2. Fernando Montesinos: *Anales del Perú*, año 1544. Ed. de Víctor M. Maurtua. T. I, Madrid, 1906, p. 156.

Jorge Robledo que, acometido de improviso en el lecho, exclamó: "¡Válame Dios y su bendita Madre!"; y condenado a morir por Belalcázar, acabados su testamento y confesión, "pidiendo perdón a todos, *y encomendándose a la benditísima Virgen María, con gran devoción y constancia, murió*"[3].

Más aún: cuando el golpe inesperado no dejaba ni juicio ni tiempo para otros sentimientos que los espontáneos, el recuerdo de Nuestra Señora acudía al turbado corazón, y su nombre cerraba los labios del moribundo.

El virrey Núñez Vela, según lo referido más arriba, da de puñaladas al factor Illán Suárez de Carvajal, y este cae clamando: *"¡Válame Dios y su Madre!"* Descargan traidoramente un machetazo en la cabeza del patriarca de los historiadores americanos, Fernández de Oviedo, y "así como caí en tierra atordido, dije recio: *¡Válgame la Madre de Dios!*"[4]. Las últimas palabras del gobernador del Paraguay, Ruiloba, muerto por los comuneros, fueron: *"¡Viva el Rey; Virgen del Rosario, váleme!"*. Como que una de las señales que apuntan los historiadores para declarar la mala muerte de algunos —pocos— desalmados es que acabó sin decir *"Santa María"*.

> "El Juan de Landa cayó boca abajo, y aunque murió con los ojos abiertos, sin decir *Santa María,* como trece traidor, sin quererse rendir ni pedir lugar de arrepentirse"[5]

Una de las burlas con que los mexicanos se mofaban del ejército sitiador, era repetir: *"¡Ay, Santa María, Santa María!"* ¡Las veces que habían oído esas angustiosas plegarias a los infelices españoles cautivos, cuando los llevaban a su *Teocalí* para arrancarles el corazón en horrendo sacrificio!

III. También los indios.

Antes que la lengua de Castilla y que los trajes y estilo de policía, como entonces se llamaba lo que hoy civilización, aprendieron los indígenas de América a ser ingenuamente devotos de la Virgen Nuestra Señora. A los testimonios recién apuntados se añaden estos otros.

"Lo que parece desta gente —estampa la Relación del segundo viaje de Colón— es que si lengua [intérprete] tuviésemos, que todos

3. Antonio de Herrera: *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra-Firme del Mar Océano*. Década VIII. Madrid, 1728, p. 23.

4. Fernández de Oviedo: *Historia General y Natural de las Indias y Tierra-Firme del Mar Océano*. T. III. Madrid, 1853, p. 85.

5. Torres de Mendoza: *Documentos Inéditos*, T. XX. p. 131.

se convertirían, porque cuanto nos ven facer tanto facen, e hincar las rodillas a los altares, e al *Ave María,* e a las otras devociones santiguarse; todos dicen que quieren ser cristianos"[1].

En la Española –refiere Gómara– "cuatro isleños se metieron en una cueva porque tronaba y llovía; el uno *se encomendó a Santa María,* con temor de rayo; los otros hicieron burla de tal dios y oración, y los mató un rayo, no haciendo mal al devoto"[2].

Allí mismo en la Española, el famoso indio Enriquillo, el primero y acaso el más afortunado de los héroes de la Independencia Americana, pues jamás salieron contra él los castellanos que no volviesen descalabrados, mientras duró la rebelión –escribe el cronista Oviedo– "no dejaba de ayunar los viernes, *ni dejó de rezar el Pater noster y el Ave María, y aun muchos días las horas de Nuestra Señora*"[3].

Consigue el celo apostólico del adelantado D. Pascual de Andagoya que se conviertan y bauticen muchos indios de "la provincia de los Jitiritigites" en Popayán. Una mujer convertida y casada "a la ley y bendición" –según expone dicho Adelantado– viéndose tentada por un mal español, "le respondió casi reprendiéndole: *Mana, señor, que soy casada, y terná Santa María, terná ancha pina.* Que quiere decir: No me hables ya en eso, porque soy casada y terná Santa María mucho enojo"[4].

* * *

Y, pues, a nuestras tierras australes se refiere el testimonio que a continuación se reproduce, hemos de poner digno remate a este capítulo y primera parte con lo que trae y repite D. Pedro Sarmiento de Gamboa, "sobre lo sucedido en el Estrecho cuando allí se quedó y fundó dos ciudades".

No sabía darse razón el emprendedor caudillo de cómo los indios pronunciasen al dar con españoles los nombres benditos de *Jesús y María.* Muchos casos señala que es bien recordar aquí.

"Y todos juntos fueron al valle de las fuentes donde hallaron algunos

1. Martín Fernández de Navarrete: *Colección de Viajes y Descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del s. XV.* T. I: Viajes de Colón. Madrid, 1828. Lo mismo consigna Andrés Bernáldez: *Historia de los Reyes Católicos D. Fernando y Dña. Isabel.* T. II, Sevilla, 1870, p. 32.

2. Francisco López de Gómara: *Historia General de las Indias.* T. I, Madrid, 1852, p. 176.

3. Fernández de Oviedo: *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del Mar Océano.* T. I, Asunción del Paraguay, s. f., p. 282.

4. Fernández de Navarrete: *Colección de Viajes* cit., T. III, Madrid, 1829, p. 442.

indios los cuales. . . daban voces diciendo: *Ho, bo, bo. . .* Y viéndole al Padre Comisario unos anteojos puestos, llegó [uno] a quitárselos diciendo claramente: *Anteojos, Jesús, María*, de que el fraile quedó admirado y volvió espantado imaginando de dónde habían podido aprender aquellas palabras".

En otra ocasión "vinieron obra de treinta indios a la Ciudad y desde allí daban voces diciendo: *Paz, paz, Santa María, Jesús*". Atraparon a uno de ellos por las malas, ya que no por las buenas, y lo llevaron ante Sarmiento; quien lo agasajó y le dio ropas, "y poniéndole una cruz delante la besaba y decía: *Jesús, María, capitán, capitán*, con mucho regocijo aunque temblando. . ."

El que los nativos repitiesen los sacratísimos Nombres era lo corriente: "Mucho se debe advertir que todos los indios de aquí todas las veces que nos han venido a ver entran diciendo: *Paz, paz, Jesús, María, capitán, capitán*". Picado en su curiosidad echóse "a pensar [Sarmiento] de dónde podían haber tomado estos términos". Y se entretiene por largo en su crónica adelantando hipótesis de gente cristiana que habían sido los felices portadores de tan santas advocaciones[5].

* * *

El vástago del último gran cacique independiente de las pampas argentinas, Ceferino Namuncurá, el indiecito santo, había de aceptar, siglos después, el legado de su raza abatida, y con los nombres benditos de "*Jesús y María*" encabezar una a una casi todas sus cartas[6]. ¿Pensaría tal vez que tan divinas palabras fueron las primeras que aprendieron a balbucir sus fieros antepasados?

5. En Pablo Pastells: *El descubrimiento del Estrecho de Magallanes*. Madrid, 1920, docum. n. 30, págs. 672 y sig.

6. Cf. Luis J. Pedemonte: *El buen Ceferino*. Apéndice: Cartas de Ceferino. Bs. As., 1942, p. 63 y sig.

Segunda parte:

NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO, LA VIRGEN DE LA RECONQUISTA Y DEFENSA DE BUENOS AIRES

Capítulo 1
LA RECONQUISTA DE BUENOS AIRES

I. El voto de Liniers.

La noticia disipa dolorosamente todas las incertidumbres: los ingleses "han desembarcado esta tarde por los Quilmes en número de más de mil hombres", anuncia un comunicado de 25 de junio de 1806[1].

Pocas esperanzas podían alimentar los pacíficos moradores de la Ciudad virreinal. Y aun estas debieron perderlas luego, al imponerse de que las milicias mal equipadas y peor instruidas de D. Pedro de Arce, que debían resistir eficazmente el desembarco, se habían desbandado sin combatir frente a la columna expedicionaria del mayor general Guillermo Carr Beresford.

Buenos Aires está desmantelada. No hay en ella ni tropas ni municiones para una acción seria de conjunto contra el invasor.

Para colmo el virrey, marqués de Sobre Monte, muy pronto se aturde y desalienta, al paso que la alarma cunde en la población y en la poca tropa que, sin jefes ni disciplina, se apresta a defender la Ciudad. Comprenden todos, al fin, que es inútil la resistencia.

"El día 27 de junio de 1806, una columna inglesa de 1.560 hombres entraba triunfante por las calles de Buenos Aires, a tambor batiente y banderas desplegadas, tomando así posesión de una Ciudad de 45.000 almas, mientras su Virrey huía vergonzosamente"[2].

1. *Archivo General de la Nación:* Sección Gobierno: Invasiones Inglesas Correspondencia y varios, enero setiembre, 1806, S. IX, C. XXXVI, A. 7, N. 7.

2. Bartolomé Mitre: *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina.* T. I, ed. Biblioteca Argentina, 1927, p. 121. La actitud negativa del Virrey es un hecho generalmente admitido. "Infinidad de autores —salvo uno que otro apologista— condenan la imprevisión, la ineptitud, la pusilanimidad demostrada por el malogrado Virrey de Buenos Aires en las jornadas de junio de 1806", asertos que hoy corroboran Juan Beverina: *Las invasiones Inglesas al Río de la Plata* (T. I) y D. José Torre Revello: *El Marqués de Sobre Monte.* Bs. As. 1946. (Enrique Williams Alzaga: *Dos Documentos relativos a la actuación de Sobre Monte durante la primera Invasión Inglesa,* en La Reconquista y Defensa de Buenos Aires. Ed. 1947, p. 133).

Entretanto el capitán de navío D. Santiago de Liniers, que está en la Ensenada, recibe órdenes premiosas del Virrey para regresar a la Capital y tomar a su cargo la defensa del Puerto. Es el 27 de junio. A mediodía llega Liniers a Quilmes. Conoce la capitulación, y resuelve quedarse en la estancia de un amigo, mientras envía peones a recabar noticias. Por intermedio del irlandés O'Gorman consigue de Beresford un salvoconducto para entrar en la Ciudad conquistada. El motivo que aduce es razonable: visitar a su familia. El móvil verdadero lo oculta naturalmente: quiere conocer el espíritu que reina en la población y espiar la potencia del ejército inglés.

El 29 de junio ya está alojado el futuro Reconquistador en casa de su suegro D. Martín de Sarratea, frente a Santo Domingo. Desde allí observa y medita.

* * *

Dos días después, el domingo 1º de julio, Liniers toma una decisión irrevocable. Irá a Montevideo a concertar con el gobernador de aquella plaza, general D. Ruiz Huidobro, la reconquista de la Ciudad de Buenos Aires. Y esta decisión la toma en la iglesia de Santo Domingo, mientras asiste a Misa, *a los pies de Nuestra Señora del Rosario,* a quien hace voto solemne de entregarle los trofeos de la victoria que ha de lograr, según confía, bajo su amparo omnipotente.

Y entramos aquí a estudiar un aspecto, poco menos que desconocido en sus pormenores, de la Reconquista y Defensa de Buenos Aires: el papel decisivo que desempeñó la Augusta Reina del Cielo en la inspiración, conducción y feliz desenlace de la famosa aventura virreinal.

La serie de documentos históricos publicados a través de estos años y los muchos inéditos que existen en los repositorios públicos y privados, evidencian que *"no pueden ser recordados con fidelidad y exactitud histórica"* [3] los sucesos de 1806 y 1807, sin mencionar el arranque de fe sincera que llevó a su héroe y a los pueblos del Virreinato a ampararse bajo el manto de María.

Las circunstancias del voto de Liniers se hallan consignadas, con fecha 25 de agosto de 1806, en el Libro de Actas de la Cofra-

3. Pastoral de Mons. Luis Duprat, gobernador eclesiástico del Arzobispado (24-IX-1922), sobre la coronación de la Virgen de la Reconquista y Defensa. Publicada en *La Virgen del Rosario de la "Reconquista y Defensa de Buenos Aires"*, Bs. As., 1932, p. 32.

día del Santísimo Rosario que tiene asiento en la iglesia de Santo Domingo[4].

Había decaído lastimosamente el culto religioso en el histórico templo por la prohibición de exponer el Santísimo durante las funciones de la Cofradía y efectuar por las calles la procesión acostumbrada con el Señor Sacramentado. Los soldados protestantes ingleses habrían provocado disturbios y grescas enfadosas que era bien prevenir. Por lo que el domingo 1° de julio se oficiaba una sola Misa cantada sin manifiesto. A ella concurrió Liniers.

> El Reconquistador *"que ha manifestado siempre su devoción al Santísimo Rosario* —expone textualmente el acta recién mencionada—, se acongojó al ver que la función de aquel día no se hacía con la solemnidad que se acostumbraba. Entonces, conmovido de su celo, pasó de la iglesia a la celda prioral, y encontrándose en ella con el Reverendo Padre Maestro y Prior fray Gregorio Torres, y el Mayordomo primero, *les aseguró que había hecho voto solemne a Nuestra Señora del Rosario* (ofreciéndola las banderas que tomase a los enemigos) de ir a Montevideo a tratar con aquel Sr. Gobernador sobre reconquistar esta Ciudad, *firmemente persuadido de que lo lograría bajo tan alta protección. . ."*

Concuerda este relato con el oficio que el apoderado de Liniers en Córdoba, Francisco Antonio Letamendi, envió al Prior del convento de Santo Domingo de dicha Ciudad el 19 de setiembre de 1807:

> "En la iglesia de Predicadores de la Capital —atestigua— se confirmó [Liniers] en el plausible proyecto de reconquistarla por un impulso de religión, cual fue observar que el primer domingo de julio de 1806 no saliese la procesión acostumbrada que se hace al Redentor Sacramentado por evitar los ultrajes de los herejes que dominaban".

Y añadía este rasgo que acredita la piedad sincera del futuro Virrey y su propósito irrevocable de interesar a la Madre de Dios en la arriesgada campaña que iba a acometer:

> "Desde entonces también me encargó que todos los días, a su nombre y expensas, *se ofreciese el santo sacrificio de la Misa por medio de Nuestra Señora del Rosario en su propio templo y altar* por el feliz éxito de su empresa. . ."[5].

4. El 23 de setiembre de 1882 una comisión especial nombrada al efecto por el Intendente de Buenos Aires reconoció el acta, que transcribió luego la publicación oficial *Municipalidad de la Capital: Trofeos de la Reconquista de la Ciudad de Buenos Aires en* 1806, Bs. As., 1882, págs. 5-9. También se halla publicada en *La Reconquista y Defensa de Buenos Aires*. Publicación del Instituto de Estudios Históricos sobre la Reconquista y Defensa de Buenos Aires, Bs. As., 1947, págs. 247.248.

5. *Archivo del Instituto de Estudios Americanistas de Córdoba:* Docum. n. 6173.

II. Los aprestos de la Reconquista.

A mediados de julio se alejaba Liniers de la Capital. "Pensé en dirigirme a Montevideo con el fin de proponer al Gobernador de esta plaza la Reconquista de Buenos Aires", escribía al virrey Sobre Monte.

La Ciudad oriental se convirtió muy luego en arsenal de guerra, desde donde al cabo de pocos días, el 22 de julio, salía, ya equipada en su mayor parte, la hueste patriota camino de Colonia.

Desbordando entusiasmo despidió la población a los expedicionarios, cuyas filas se engrosaban, así que iban avanzando, con partidas de milicianos y voluntarios. En la noche del 3 al 4 de agosto, amparados por una espesa niebla, lograban atravesar sin contrastes el río y desembarcar en el puerto de las Conchas a treinta kilómetros de Buenos Aires.

Liniers respiró. Había ya superado, con la ayuda de Dios, el primer riesgo. Así esperaba superar el segundo, que era el decisivo, en el campo de batalla. También a él se dispuso piadosamente con su primera proclama:

> "...Si llegamos a vencer, *como lo espero*, los enemigos de nuestra Patria, acordaos, soldados, que los vínculos de la Nación española son de *reñir con intrepidez, como triunfar con humanidad: el enemigo y vencido es nuestro hermano*, y la religión, y la generosidad de todo buen español lo hace como tan natural estos principios, que tendrán rubor de encarecerlos"[1].

¿Esperaba tan sólo Liniers? En verdad tan seguro se hallaba de la victoria, gracias a la protección de la Reina del Rosario, que ya la daba por lograda. Así lo manifestó el 8 de agosto a su apoderado en Córdoba, Francisco A. Letamendi, al recomendarle que la Misa diaria que se ofrecía por su intención en el altar de la Virgen "el siguiente día sábado se cantase solemnísima, y que *no dudase de la victoria*"[2].

* * *

De esta confianza en la Madre de Dios participaban todos.

Celebrábanse en Buenos Aires a hurtadillas reuniones de conjurados contra el Invasor. En una de ellas, "el 15 de julio —advier-

1. *Parte de Liniers al Príncipe de la Paz:* 16-VIII-1806. Documento publicado por el Instituto de Estudios Históricos sobre la Reconquista y Defensa de Buenos Aires, Bs. As., 1947, p. 218.

2. Oficio de Letamendi de 19-IX-1807: *Archivo del Instituto de Estudios Americanistas de Córdoba:* Docum. n. 6173.

te Roberts[3] — resolvieron los complotados nombrar jefe a Sentenach, *y poner la empresa bajo el patrocinio de Nuestra Señora de la Concepción"*.

Ya veremos más adelante cómo las tropas de Olavarría y Pueyrredón, que recibieron en Perdriel el bautismo de sangre, habían puesto sus espadas bajo el tutelar patrocinio de la Virgen de Luján, cuya imagen llevaban como enseña guerrera al campo de batalla.

El marqués de Sobre Monte, tan pronto como llegó a Córdoba, la nueva capital del Virreinato, en los primeros días de julio, hizo publicar bando y llamar bajo las armas a cuanta gente halló disponible. A fines de mes ya contaba con tres mil hombres más o menos equipados y dispuestos a marchar sobre Buenos Aires. También ellos se ponían bajo la augusta protección de Nuestra Señora, con tres días de rogativas solemnes y procesión a la que asistió el Virrey en persona.

> El día 28 resuelve el Cabildo pasar oficio al padre Prior de Santo Domingo para pedirle *"se saque en procesión por las calles a la Serenísima Reina de los Angeles y Señora Nuestra María Santísima del Rosario,* la del nicho, a fin de implorar a Dios, por su intercesión, por la felicidad de las armas católicas contra los enemigos británicos que se han apoderado de la capital de Buenos Aires..., y que en el ínterim se toquen rogativas en todas partes, asistiendo el muy Ilustre Cabildo a la iglesia de Santo Domingo, los tres días, desde el de mañana; convidando y convocando al pueblo para la asistencia y compostura de calles por donde ha de pasar Nuestra Señora, a cuya función ha de asistir también el Excmo. Señor Virrey"[4].

Realízase la procesión, y el ejército parte el 2 de agosto.

En su marcha refirmará el Virrey, a voz de pregón, la segura esperanza de vencer, *"mediante el socorro del Dios de los Ejércitos y la intervención de su Santísima Madre que humilde y fervorosamente imploramos, y aclamamos por Patrona"*[5].

No alcanzaron, empero, a cubrir las muchas leguas que separan a Córdoba de la Ciudad capital, que ya el 12 de agosto la Virgen Santísima del Rosario se había coronado en Buenos Aires con los laureles de la victoria.

* * *

3. Carlos Roberts: *Las Invasiones Inglesas del Río de la Plata.* Bs. As., 1938, p. 124.

4. Ignacio Garzón: *Crónica de Córdoba.* T. I. Córdoba, 1898, págs. 82-83. Ya en 1803, al formarse en Córdoba el *Regimiento de voluntarios,* "convocados en Junta los oficiales y su Jefe (el coronel Santiago Alejo de Allende), acordaron *se eligiese por Patrona a María Santísima de Mercedes;* como el que se la hiciese una fiesta anual perpetua" *(Archivo del Instituto de Estudios Americanistas de Córdoba:* docum. n. 6371).

5. *Museo Mitre:* Invasiones Inglesas, 1806. A. 3, C. 4, P. 1, n. de orden 8.

Mientras se aprestaban los patriotas a borrar del Plata el desaire de la conquista, las familias de Buenos Aires, recatadas en la penumbra de las viejas casonas apenas iluminadas por lámparas votivas, confiaban sus esperanzas a la Augusta Virgen, que desde la hornacina presidía la vida hogareña.

Es un hecho notorio "que mientras los ciudadanos apuntaban el fusil al pecho de sus agresores, el poder de la plegaria se dirigía al Cielo en *las avemarías del rosario*, por las comunidades religiosas en sus monasterios, y por las familias en el hogar doméstico, oyéndose sus ecos en todas las calles"[6].

Con pluma galana y ágil Arturo Capdevila ha evocado la emoción de aquellas noches de invierno pobladas de preces en los recios caserones de la "gran Aldea"[7]:

> "Entonces la grey católica, que es toda Buenos Aires, se refugia en el rosario. El prior de los dominicos, fray Gregorio Torres, que sabe ya de la encendida promesa de Liniers a la Virgen, insta de seguro a los cofrades a secundarla con la devoción que le es más grata. Y ella se cumple en cada casa. Y tarde a tarde, a la hora de la salutación angélica, mientras repican las campanas, empieza en todas las casas el *Dios te salve, María.* Los oficiales ingleses ya lo saben. Hay una hora en que toda la familia, bajo cuyo techo habitan, se reúne en algún gran aposento a corear una plegaria. Oyen el vocerío de aquel rezo y prefieren salir. Comprenden que están de más. . .
>
> "Y el Ave, María, suena en todo hogar, en la íntima, en la santa congregación de la familia; de la familia toda —ancianos, jóvenes, niños, amos y esclavos— postrada ante el conveniente altarcillo del gran crucifijo, delante del fanal en que está la imagen de bulto de la Santa Señora. . .
>
> "No sospechan los ingleses lo que vale este conjuro de fe, no presumen qué formidable fuerza social se despliega en esos místicos ecos. . . Y como quiera que todos ven en los ingleses —aunque ellos juren lo contrario— los naturales enemigos de Nuestra Señora, y los que no creen en Ella y la reniegan, Ella es ante todo la Ofendida, la Agraviada, más que la misma Ciudad, más que su propia historia gloriosa, con la ocupación de Beresford y los demás herejes. A Ella, pues, se vuelve Liniers y le promete las banderas que arrebate al enemigo; a Ella se vuelve, a lo San Ignacio, para pelear con el blasfemo, todo hombre de ánimo caballeresco; a Ella se vuelven allí, en el salón del rosario, las miradas de todos en el fervor de la letanía.
>
> "—Santa María, ora pro nobis. . ."

6. *Relación de los Mayordomos de la Ilustre Cofradía del SS. Rosario:* Bs. As., 19-VI-1852. *Museo Mitre:* Invasiones Inglesas, 1806, A. 3, C. 2, P. 1, n. de orden 33. Dicen los citados Mayordomos que sus deposiciones "se conservan en el saber tradicional de sus testigos".

7. Arturo Capdevila: *Las Invasiones Inglesas. Crónica y Evocación.* Bs. As., 1938, págs. 39-42.



NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO,
la Virgen de la Reconquista y Defensa de Buenos Aires.
(Iglesia de Santo Domingo)

III. La acción de Perdriel.

Inaugurada bajo tan buenos auspicios la obra de la Reconquista había de quebrantar en dura lid al enemigo. Criollos y españoles llegarían, empero, a gustar la amargura de la derrota antes de restaurar la autoridad de Su Majestad el Rey Católico en el Río de la Plata.

Principió la actividad patriota en la campaña de Buenos Aires casi contemporáneamente al movimiento de Liniers con las tropas de Montevideo. Juan Martín de Pueyrredón fue uno de los caudillos que el patriotismo improvisó. Con un grupo de voluntarios, reclutados por los campos vecinos a la Ciudad conquistada, sentó reales en Luján, dispuesto a echarse sobre el enemigo apenas alistado un discreto batallón.

A poco se le juntó Martín Rodríguez con un puñado de hombres bien armados.

> De la bravura rayana en la temeridad de Rodríguez es buena prueba un episodio que él mismo refiere en sus *Memorias.* Cuando la vida en la Ciudad porteña había tomado ritmo más sosegado. Beresford distraía sus ocios cabalgando por las afueras deshabitadas. Alejóse en cierta ocasión hasta a una legua del Fuerte en compañía del coronel Jack, un ayudante y dos soldados. "Entonces —narra Martín Rodríguez— concebí el proyecto de apoderarme de Beresford y comitiva, para cuya empresa me puse de acuerdo con diez mozos resueltos, bien montados y bien armados, y convinimos en esperar el día en que saliese, para echarnos sobre él y los suyos...
>
> La empresa era atrevida y peligrosa en extremo, sobre todo por las consecuencias que podía traer aparejada. El consejo oportuno de un amigo lo contuvo, porque si se "llevaba a efecto los ingleses se vengarían en la población"[1].

Al cabo de cinco días ya eran 300 los voluntarios que se aprestaban en Luján para la lucha. Por lo que apenas se les agregó con su regimiento de blandengues el comandante 2° de Frontera, teniente coronel D. Antonio de Olavarría, "costeando tropa muy crecida, pedreros, balas y pólvora"[2], y hubo tomado el mando del menudo ejército[3], la exaltación se sobrepuso a toda prudencia, y ya no pensaron sino en abrir campaña contra el invasor.

1. Memorias del Gral. Martín Rodríguez, en *Memorias y Autobiografías:* T. I, Bs. As., 1910, págs. 113-114.

2. *Relación del Alcalde y Cabildantes de Luján al Virrey:* 3-VIII-1806. Publicada en Apéndice a la obra del P. Salvaire: *Historia de Nuestra Señora de Luján.* T. II, Bs. As., 1885, p. 268-271.

3. En su relación aparece Pueyrredón *mandando* a Olavarría. Sin embargo Martín Rodríguez en sus *Memorias* dice claramente de este último: "Fue forzoso, por su gradua-

Eran, sin embargo, tropas bisoñas más armadas de valor y arrojo que de pericia y disciplina militar. No llegaron con su intrepidez a desgarrar los compactos escuadrones ingleses, pero sí a demostrarles la reciedumbre de la estirpe criolla.

También ellos decidieron ampararse bajo el patrocinio de la Reina del Cielo, y aun llevar a la acción guerrera *el estandarte de la Purísima Concepción* que les ofrendó el Cabildo de la Villa.

Los pormenores de este acto religioso, al que asistió toda la tropa, se conservan en la relación que a 3 de agosto de 1806 enviaron al virrey Sobre Monte el alcalde de Luján, D. José Lino Gamboa, y el cuerpo de cabildantes.

> "Para emprender esta marcha –recuerda el documento citado–, por la mañana *se cantó una Misa solemne a esta Divina Señora,* colocado el estandarte en el altar mayor (que es el mismo con que se juró esta Villa, y no tuvo este Cabildo cosa mayor que poder ofrecer, pues de un lado iban las armas de nuestro católico monarca y *del otro el retrato de la Purísima Concepción*); a este devoto ejercicio concurrió toda la tropa, y, sacando el real estandarte en procesión, que entregó el cura párroco al sargento D. Tomás de la Ruvia después de tremolado y rendido a la Majestad Divina, y después de hacerle varias salvas, fue que caminó con el ejército, el día 30 de julio"[4].

* * *

En horas de la mañana del 1° de agosto se avistaban las compañías patriotas con las tropas de Beresford en la chacra de Perdriel. El resultado adverso, a estar a lo que explican los historiadores, no podía ser dudoso.

Aconsejaba la prudencia evitar el choque por precipitado y desventajoso. Pero no lo juzgaron así los jefes patriotas. "Antes de empeñar la acción –escribirá Pueyrredón a Huidobro– consulté el ánimo de la tropa, y juntos los oficiales que la mandaban, resolvimos atacar en atención a la poquedad del enemigo, y a nuestra superioridad en número y ventajas del caballo"[5].

ción, cederle el mando" (*Memorias* cit. p. 114). Lo mismo consigna la relación citada de los Cabildantes de Luján al Virrey: "Determinó el coronel D. Francisco Rodríguez seguir la marcha [y] sujetó el ejército a la voz y mando del teniente coronel Antonio Olavarría" (Salvaire: II, p. 270).

4. P. Salvaire: *Historia de Nuestra Señora de Luján.* T. II. Apéndice W, págs. 270-271.

5. Oficio del 3-VIII-1806. *Archivo General de la Nación:* Sección Gobierno, Invasiones Inglesas, Correspondencia y varios, enero setiembre, 1806, S. IX, C. XXVI, A. 7, n. 7.

Los criollos abrieron el fuego a los gritos de *¡Santiago! ¡Cierra España! ¡Mueran los herejes!* Pero no pasaron de allí. "Unas pocas descargas de fusilería y la amenaza del avance incontenible de los ingleses bastaron para vencer el conato de resistencia y disolver hasta el último grupo de los defensores que dejaron en poder del enemigo toda la artillería"[6].

Concibió entonces Pueyrredón un designio audaz: interceptar los carros ingleses cargados de cañones y municiones que guarnecían la retaguardia a cuatrocientos metros de distancia. El mismo describe los pormenores de acción tan atrevida que cubrió de alguna gloria aquella empresa desdichada.

> "Para mejor hacer valer más nuestras ventajas, tomé la tercia parte de mis tropas, y después de haber mandado al comandante D. Antonio de Olavarría que en viéndome atacarlos por la retaguardia, hiciese él la misma operación para oprimirlos por todas partes, salí a galope y a poco rato los tuve enteramente cortados. En esta situación hice señal de avanzar, y a la cabeza de los míos me precipité sobre el grueso del enemigo y me hallé en medio de ellos con sólo diez de mis compañeros que me siguieron: mi objeto era quitarles la artillería. . ."[7].

Y aquí la aventura tuvo un discreto desenlace en que lo cómico se mezcló a lo heroico. La lucha era cuerpo a cuerpo nada menos que con los celebrados escuadrones del regimiento 71. Pueyrredón se comporta con la bizarría de un veterano. El vértigo del combate y el retumbar de las descargas templan su ánimo varonil. Ya está cerca de su punto de mira, el parque enemigo. Logra capturar un carro de municiones cuyas mulas espantadas huyen sin rumbo, al tiempo que una descarga le mata el caballo y da con él en tierra.

Ya no le es posible mantenerse así en medio de la refriega. Cada instante que pasa crea nuevos peligros a su vida. Providencialmente llega al galope Lorenzo López, un oscuro patriota, para auxiliarle. Salta Pueyrredón precipitadamente y huye a grupas del caballo, pero pasa tan cerca de los oficiales ingleses que estos lo reconocen. Beresford intenta echar mano de su espada para herirlo, mas no logra desenvainarla: la falta de uso se la había enmohecido.

Terminará así Pueyrredón su relato: "Todos, Señor, huyeron, y nos tomó el enemigo la artillería y provisiones, pero salvé mi presa".

El arrojo de esta menuda tropa no fue estéril. "A lo menos —dirá el deán Funes, que desde Córdoba seguía el hilo de los acon-

6. Juan Beverina: *Las Invasiones Inglesas al Río de la Plata.* T. I, Bs. As., 1939, p. 355.

7. Oficio del 3-VIII-1806. *Archivo General de la Nación:* legajo cit.

tecimientos— ganó reputación, y le hizo conocer al enemigo lo que podía temer" [8].

Trajo, no obstante, doble mal: restó una yuda preciosa a la expedición principal que ya estaba en marcha y, lo que era peor, acobardó aun a los más animosos.

> "Fue general el desaliento —expresa un testigo ocular—, y mucha la consternación que causó esta derrota en los ánimos de los buenos vasallos".

A bien que esto fue para sólo confiar en Dios: "Desesperados de su salud —recuerda el mismo testigo— *volvían los ojos al Cielo, y tendidos los brazos interesaban su piedad*" [9].

IV. La Reconquista.

Acercábase entre tanto Liniers a Buenos Aires con sus tropas.

Parece inexplicable que Beresford no le saliese al encuentro como en la acción de Perdriel. Sus hombres habrían combatido entonces con mayor ventaja, que no en las estrechas calles de la Ciudad, donde cada edificio se convertiría para ellos en parapeto hostil.

Pero el Cielo intervino. ¿No combatía acaso Liniers bajo los auspicios de la Reina del Cielo?

> "Los torrentes de lluvia que cayeron el 6, 7 y 8 —precisará Sir Home Popham en su parte al Lord del Almirantazgo— pusieron los caminos impracticables para todos, menos para la caballería, y, por consiguiente, el general Beresford se halló frustado en su determinación de atacar al enemigo a alguna distancia de la Ciudad, cuyo ataque, si hubiese logrado darle, no dudo que su ejército hubiera dado una nueva prueba de su invencible valor bajo el mando de su jefe. El enemigo... pudo por tanto acercarse a la Ciudad en diferentes direcciones, sin que tuviese el ejército británico una oportunidad para atacarlo" [1].
>
> "Habiendo cesado la lluvia el día 8 —expondrá Beresford en su informe— salí con el teniente coronel Pak para comprobar si era posible marchar contra el enemigo, pero vi que era absolutamente imposible" [2].

8. Gregorio Funes: *Ensayo de Historia Civil de Bueno Aires, Tucumán y Paraguay*. Bs. As., 1856, p. 330.

9. Reconquista de Buenos Aires y sitio de Montevideo: Memoria histórica de Un Imparcial. *Museo Mitre*. Invasiones Inglesas, 1806, A. 3, C. 2, P. 1, n. de orden 18.

1. El escrito en que el jefe expedicionario comunica los sucesos que historiamos aparece redactado a bordo del navío *Diadema*, anclado en el Río de La Plata, y lleva la fecha de 25-VIII-1806. Puede consultarse íntegro en Apéndice a la obra de Vicente Fidel López: *Historia de la República Argentina*. T. II, Bs. As., 1883, p. 515 y sig.

2. Este documento se halla como Apéndice en Juan Beverina: Las Invasiones Inglesas, T. I, págs. 499-508. Véanse también las págs. 364 y 365.

Otras felices consecuencias trajeron los susodichos temporales, consecuencias que así puntualizó fray José Ignacio Grela, el dominico orador de la Reconquista, en el sermón del 24 de agosto siguiente:

> "*María es sin duda la que ha dirigido la grande obra de nuestra Reconquista.* La tempestad que os aflige, origina la pérdida de cinco cañoneras enemigas, que defendían el puerto, y que tanto pudieron haber dado que hacer a nuestro héroe Reconquistador: *a este rasgo de su protección fueron consiguientes los más grandes triunfos*" [3].

El 10 de agosto, previa Misa de campaña, ocupó Liniers los Corrales de Miserere (plaza Once) al oeste de la Ciudad. Desde allí intimó rendición a Beresford. La respuesta de este denotaba inquietud: *"Me defenderé hasta el caso que me indique la prudencia"* [4].

Al atardecer el ejército reconquistador reanudó su marcha con dirección al Retiro entre lodazales interminables. "La infantería —cuenta Mitre [5]— marchaba con el barro hasta la rodilla, a veces apoyándose en los fusiles para no caer, y la artillería era arrastrada a brazo por la multitud, venciendo todo género de dificultades con verdadero entusiasmo".

Aquel ejército extraño en que hombres, mujeres y niños fraternizaban con la tropa para facilitar su movimiento, más parecía una cruzada medieval que un cuerpo de milicia reclutado en tierra de Indias.

Muchos pechos lucían el Santo Escapulario como piadoso distintivo y segura defensa. Sabíalo Beresford, y, muy pagado de sus soldados y cañones, hubo de exclamar "más de una vez —refiere un testigo— ...[que] *deseaba avistarse con la gente del Escapulario"* [6].

Aun la enseña guerrera no podía se más apropiada para aquellos varones intrépidos que luchaban por su patria y por su fe. Constituíala el estandarte "de la confradía del Santísimo Sacramento establecia en la Catedral, que llevaba a un lado una gran custodia bordada en oro, y al otro el escudo de armas de Buenos Aires pintado al óleo..." [7].

* * *

3. Ejemplar de la *Biblioteca Nacional:* Sección Manuscritos, n. 3875.

4. *Parte de Liniers al Príncipe de la Paz:* 16-VIII-1806, en Instituto de Estudios Históricos sobre la Reconquista y Defensa de Buenos Aires. 1947, p. 220.

5. B. Mitre: *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina.* T. I, Bs. As., 1927, ("Biblioteca Argentina", Vol. 23), p. 135.

6. Reconquista de Buenos Aires y sitio de Montevideo, Memoria histórica de Un Imparcial. *Museo Mitre.* Invasiones Inglesas, 1806, A. 3, C. 2, P. 1, n. de orden 18.

7. *Historia de Nuestra Señora de Luján:* Bs. As., 1932, p. 171: Este precioso pendón subsiste todavía. Guardólo cuidadosamente durante muchos años la benemérita

Sin aflojar el paso llegó la columna patriota al Retiro. Allí un primer encuentro obligó a los ingleses a concentrarse en la plaza Mayor, respaldados por la fortaleza y la ribera del río que aseguraban sus comunicaciones con la escuadra.

Al cerrar la noche hubo calma completa, que se prolongó durante todo el día 11.

Amaneció por fin el 12 de agosto de 1806. Ya eran 2.000 hombres que acorralaban a los invasores, y todo un vecindario enardecido que aprestaba cuantos materiales disponibles hallaba a la mano para asegurar la victoria. Hasta los muchachuelos arrastraban a brazo los cañones y hubo mujer, Manuela la Tucumana, que compartiendo con su marido la brega del combate mató con sus propias manos a un soldado inglés después de arrebatarle el fusil.

Amparado por la neblina, a las 10 de la mañana, el ataque se generalizó por las calles fronterizas de la plaza Mayor. Los ingleses debieron desalojar los pórticos de la Catedral y los edificios vecinos a la plaza. Las tropas que guarnecían el Cabildo cedieron al fin. También las de la Recova Nueva, que se replegaron ordenadamente hacia el arco grande la Recova Vieja, desde donde Beresford dirigía el fuego protegido por los baluartes del Fuerte.

Liniers, firme en su puesto, parecía invulnerable. "Nuestro General intrépido –escribió el Cabildo de Buenos Aires al Rey– anima a todos con su presencia y serenidad: persuade con su ejemplo; expone al frente de los tiros su persona, que las balas y cascos de metralla respetan sin ofenderle, ni alterarle, hiriendo solamente en más de tres partes su vestido"[8].

El deán Funes en la Oración Congratulatoria que pronunció en Córdoba el 23 de agosto de 1807 atribuyó con entusiasmo estos hechos a gracia especial de la Santísima Virgen:

> "¿Deseáis otros convencimientos del *favor particular de esta Señora?* Acercaos, pues, a su devoto General, y los muertos que caen a su lado como sus vestidos pasados de balazos, os harán ver, o que el plomo respetaba su persona, o que sólo se acercaba para dejarnos señales de una vida que el Cielo protegía"[9] ...

* * *

familia de los Estrada que estaba emparentada con el malogrado Liniers. Pasó después a poder del íntimo amigo de la misma, el P. Salvaire cuando era Cura de Luján. Hoy día los Padres del Santuario lo depositaron en el Museo Histórico Colonial de Luján, donde ocupa un lugar de honor, y está a la vista y contemplación de todos los amantes de las glorias nacionales".

8. *Archivo General de la Nación*, Bs. As., Documentos de la Biblioteca Nacional, leg. 187, ms. 1.780.

9. Esta pieza oratoria se halla como Apéndice en la obra de Mons. Uladislao Castellano: *La Milagrosa Imagen de N. S. del Rosario*. Córdoba, 1891, p. 160. V. también a

Pero ya era una ola humana que se rebullía por calles y azoteas estrechando a los regimientos ingleses. Beresford, impávido, mantuvo sus posiciones hasta que vio caer junto a sí, herido de muerte, a su ayudante Kennet. Sólo entonces ordenó la retirada a los reductos del Fuerte, desde cuyas alturas siguió resistiendo todavía. Pero fue por breve tiempo. Acosado por tropas y pueblo con toda suerte de armas y utensilios, no vio el General inglés otra solución que rendirse. Por lo que a mediodía enarbolaba bandera de parlamento.

Poco después, sobre los muros del Fuerte, entre las ovaciones del pueblo enardecido, ondeaba la insignia española, y Beresford se confundía en estrecho abrazo con Liniers, quien otorgaba a las tropas invasoras los honores de la guerra. "Y efectivamente —notificará el Reconquistador en su parte al Príncipe de la Paz—, habiendo hecho formar mi tropa en ala, salieron los ingleses del Fuerte con sus armas tocando la marcha y las depositaron a la cabeza de nuestro ejército. . .".

Al mencionar el botín de la victoria recordó Liniers su voto: "Además les hemos tomado 26 cañones y 4 obuses, [y] las banderas del regimiento 71, *las que yo tenía votadas a Nuestra Señora del Rosario*".

V. Celebración de la Victoria.

El entusiasmo popular se volvió incontenible, desbordante. . . No era para menos. El Cielo se había mostrado propicio. La Virgen del Rosario añadía nuevo florón inmarcesible a sus glorias pasadas. La convicción de que Dios Nuestro Señor, por intercesión de la Virgen Madre, se había declarado ostensiblemente por las armas patriotas, se echa de ver en una serie de documentos contemporáneos a la Reconquista.

Desde Córdoba el Cabildo secular, en 6 de julio de 1807, al par que "solicita [de las autoridades eclesiásticas] un novenario y procesión a *Nuestra Señora del Rosario*" para rechazar la segunda Invasión, recuerda las finezas de María en la primera:

"Ocurrimos a su infalible valimiento para que recuperase de los enemi-

Paul Groussac: *Santiago de Liniers, Conde de Buenos Aires*, Bs. As., 1807, p. 90. También Letamendi, el apoderado de Liniers en Córdoba, cuando alude a estos acontecimientos, reconoce su carácter extraordinario: "Son tales las circunstancias que acompañan a los triunfos de nuestro héroe, que casi todas parece que hablan el idioma de una especial Providencia" (*Municipalidad de la Capital: Trofeos de la Reconquista*, p. 73).

gos británicos del uno, y de la otra, la capital del Virreinato, e inmediatamente nos concedió contra ellos la más completa victoria"[1].

Fray José Ignacio Grela en el sermón del 24 de agosto se refirió a la acción del día 12 anterior como a *"obra dirigida por María bajo el glorioso título del Rosario"*. Y quiso conmemorar en primer término la piedad y reconocimiento de Liniers para con la Madre de Dios.

> "Humeando aún el fuego. . . —puso de relieve— sin enjugarse todavía la sangre derramada en fuerza de su poder ¿no le hemos visto al pie de nuestros altares, olvidado de los vivas, y demás públicas aclamaciones, con que todo el pueblo celebra su triunfo, puesto en forma de cruz, *dando gracias al Señor por medio de su Augusta Madre*, y confesando con la más tierna sumisión, que El ha sido el autor de su gloria?"
>
> Junto a Liniers desfilan sus tropas: Los "diferentes cuerpos militares. . . *consagran a esta misma Soberana Reina sus corazones, sus armas, sus triunfos*"[2].

Al día siguiente de la victoria, el 13 de agosto de 1806, el Cabildo secular se reúne bajo la impresión del gran acontecimiento que llena de alborozo los pechos patriotas. Dice que es *"una victoria la más gloriosa que quiso concedernos el Dios de los Ejércitos"*; y que "era indispensable acordar ante todo y sin pérdida de momentos el modo de darle gracias por tan singular beneficio, y los medios de asegurar esta victoria"[3].

Al otro día —14 de agosto— se reúnen en Congreso la "Junta General y Cabildo de todos los cuerpos eclesiásticos y seculares que la componen", y resuelven en pleno:

> "Primero: Que el domingo próximo se asista a la Santa Iglesia Catedral a dar gracias a Dios por el singularísimo beneficio que se acaba de recibir;
>
> "Segundo: *Ofrecer a María Santísima* mañana, que es su día, quince dotes para quince doncellas. . ."[4].

Júntanse por tercera vez los cabildantes el mismo día de la Asunción de la Virgen Santísima al Cielo, el 15 de agosto. Van a concretar el homenaje religioso que se ha de rendir en prenda de gratitud a la Divina Providencia. Quieren que sea extraordinario y su recuerdo imborrable.

1. *Archivo del Instituto de Estudios Americanistas de Córdoba*: docum. n. 6171.

2. Sermón de Fray José Ignacio Grela: 24-VIII-1806, pág. 7 y sig. Imprenta de Niños Expósitos, año 1806. Ejemplar de la *Biblioteca Nacional*, Bs. As., Sala de libros reservados, vol. 441-A, T. I.

3. *Archivo General de la Nación*: Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires (Años 1805 a 1807). Bs. As., 1926, p. 264.

4. Acuerdos del Extinguido Cabildo, p. 268.

los Ejércitos. La célebre milagrosa Imagen de Nuestra Señora del Rosario que sólo sale al público en las mayores ocasiones, que es la honorificencia de nuestro pueblo, y que jamás deja de otorgar entonces lo que se le pide, transportó aquel día los corazones, y parecía que en la plácida majestad de su semblante se veía en presagio la próxima victoria"[9].

Tres días después de estos actos, el 15, llegaría la anhelada noticia: los ingleses habían sucumbido ruidosamente al empuje patriota.

II. La Defensa.

Y comienzan las cruentas jornadas de la Defensa. El 28 de junio desembarcan los ingleses en la Ensenada, a 60 kilómetros de Buenos Aires. La campana del Cabildo y los cañones del Fuerte clamorean como nunca. Es la señal convenida. Grupos compactos de tropas atraviesan la Ciudad entre las aclamaciones del pueblo que se agolpa a su paso. Van en busca del enemigo.

El 2 de julio ya están a la vista de la vanguardia inglesa que, a las órdenes de Lewison Gower, endereza impertérrita hacia el oeste de la Ciudad. Es una maniobra bien meditada. La Ciudad está poco menos que desguarnecida. ¿Qué necesidad hay de empeñar batalla para conquistarla?

Lo comprende Liniers y ordena a sus hombres correrse aceleradamente para interceptar el avance enemigo. "Pero en esta carrera —advierte López[1]— atropellada y desmoralizadora, no sólo para la tropa de que se hizo seguir, sino para la que dejaba abandonada en la primera posición, su columna sufrió una verdadera desorganización".

Diose el encuentro en los Corrales de Miserere. Una carga a la bayoneta que empeñaron los ingleses decidió prontamente el éxito de la batalla. Las fuerzas patriotas quedaron deshechas, y en muy crítica situación la Ciudad si los ingleses avanzaban inmediatamente hacia ella.

Liniers intentó tomarles la delantera por la parte de la Chacarita, pero cerró la noche, empezó a llover y, para colmo de desventura, perdió el camino. Dirá después: "El riesgo inminente que tenía de caer en alguna avanzada de los enemigos, si me extraviaba, me

9. *Archivo del Instituto de Estudios Americanistas de Córdoba:* docum. n. 5908.
1. Vicente Fidel López: *Historia de la República Argentina*, T. II, Bs. As., 1883, p. 116.